



M e φ i s t o

GACETA LITERARIA HUMANISTA UNIVERSITARIA

Año I - Número 2

Otoño de 2007
Ejemplar gratuito

Varios son los alonsos de hazañas quijotescas que pululan por las páginas de la tradición española; y varias las dulcineas que a ellos acompañan, con otros nombres éstas y a veces sin ellos. Para no perder al lector en estas líneas pongo mis cartas al descubierto; no surgen éstas sino del pasmo al escuchar que anda una tuneladora horadando nuestros suelos bajo el nombre de Dulcinea, “la tuneladora más grande del mundo”. Y me pregunto, ¿cómo hemos llegado a brindar este homenaje? Pues, si en el año 2005 se halló buena excusa para celebrar la obra cervantina, bajo el nombre de su protagonista, de Don Quijote, no podía ser menos que su amada, no Aldonza tan de carne y hueso, sino su Dulcinea, fruto del más puro espíritu quijotesco, recibiera igualmente un merecido homenaje.

En el episodio de las tres labradoras, cuando el Caballero de la Triste Figura supone estar frente a su amada, se encargan las aldeanas de desvanecer para el lector cualquier atisbo de un romanticismo del que la figura de Dulcinea hubiera podido beneficiarse: “Vayan su camino e déjenos hacer el nueso, y serles ha sano (...) ¡Tomá que mi agüelo! ¡Amiguita soy yo de oír resquebrajos! Apártense y déjenos ir, y agradecérselo hemos” (cap. X). Este episodio se hila a continuación de las reflexiones que acompañan a Sancho en el camino al Toboso. Que sea su amo loco ya no es novedad para él, el que se plantea que él mismo lo sea en grado semejante le salva de esa locura por la duda. La burla y mentira pergeñada frente a las tres aldeanas le alejan cada vez más de las ambiciones de su amo, y así, ese episodio nos sirve de puente para entender la distancia entre la Aldonza del pueblo y la Dulcinea mujer-princesa ideal.

Los guiños a la obra de Cervantes los encuentro, rindiendo sus honores a Don Quijote, sin aniversario de por medio, en algunas creaciones posteriores. Así, encontramos un Alonso Gutiérrez que abre las aventuras de Gabriel en los Episodios Nacionales. Es don Alonso un capitán de navío retirado de servicio, al que le costaba mover la parte derecha de su cuerpo; dispuesto, a pesar de ello, a participar en la batalla, desde el principio perdida, que ya se esperaba frente a los ingleses en Trafalgar. Es la esposa de este viejo marino una doña Francisca que nos da cuenta de las más diversas batallas de su marido, desde la Habana a Gibraltar, pasando por Tierra de Fuego y Argel y alguna que otra remota ínsula. Es presentada como dama de noble origen que parece rendir honor a su procedencia, pero cuyo carácter se ha ido agriando a base de las ausencias de su marido. Se presenta al lector como original pacifista (“...si todos pensarán como yo (...) todos los cañones se convertirían en campanas.”, cap. II). Ante esta predisposición tiene que es-



capar Alonso de su mujer y de su hija, a escondidas y de noche, como escapa el primero de los quijotes de su ama y de su sobrina. Así que no sería posible encontrar un paralelismo de dulcineas, pues si alonsos hay varios, no comparten las damas que les acompañan el mismo nombre, tal vez porque a los alonsos que voy a referir les acompañan mujeres en las que no cabe ya romanticismo posible de tan vivas que están. Es de hecho doña Francisca la que nos da cuenta directa de la locura de su marido, y reconoce ella además la desgracia de su vida (“Esto no es vivir, [...] Dios me perdone” cap. II). Sólo en su hija, Rosita, encontramos algo de un amor cortés, de la dama que espera y, al fin, se desposa con el marino que lucha junta a su padre en la misma batalla.

Sin querer teorizar acerca de qué tenía Baroja en mente, nos encontramos un alonso por las calles de Madrid, Alonso de Guzmán Calderón y Téllez, en otros tiempos contorsionista y trapicista, que se nombra a sí mismo director de un circo ecuestre, pues era hombre de estu-

dios; en ese puesto, como buen caballero andante, recorre el mundo, librando diversas batallas que le condenan al fin a deambular por las calles del Madrid de Baroja con un fonógrafo en la mano. Hay una rosita que le acompañó algún tiempo, mujer de ojos verdes, pero no hay más romanticismo que esta exigua descripción. Nos dice este Alonso que, si bien ha tenido mujeres, no pretendió nunca tener mujer. Y esa es la más viva muestra de la mujer en Baroja, las que casi no tienen nombre porque duermen medio desnudas, todas juntas en el patio de algún corralón.

¿Qué nos devuelve ahora a la antigua Dulcinea que pretende arrollar al paso de cualquier caballero andante? Tal vez el espíritu quijotesco de la época, inevitable para dar cuenta de un progreso que así conquista, de una vez, algún ideal que la obra del siglo XVII nos obligó a contemplar siempre como derrota o victoria de loco.

L.HERRERO

A llí donde las sábanas habían quedado arrugadas, marcando el peso del cuerpo de ella, su ausencia olía a loción corporal de...

Continúa en la página 16

E se retroceso fue como tirar la piedra y esconder la mano. Pero no tenía otro método para fingir lo más dignamente posible...

Continúa en la página 12

A mí no me pareció tan raro, seguro que cualquier otra persona también habría sentido curiosidad...

Continúa en la página 13

C lavo la rodilla en el suelo y paso la yema de los dedos por el asfalto empapado, justamente en el mismo...

Continúa en la página 14

CRÉDITOS

Director

Borja MENÉNDEZ DÍAZ-JORGE

Subdirectora

María Piedad GARCÍA-MURGA SUÁREZ

Colaboraciones

Cristina ARAÚJO GÁMIR, Miguel Ángel BUENO ESPINOSA, Marina COMA DÍAZ, Javier CUMPA ARTESEROS, Fernando FERNÁNDEZ-GIL, Laura FERNÁNDEZ PALOMO, Daniel HERRERA CEPERO, Laura HERRERO OLIVERA, Emilio ISIDORO GIRÁLDEZ, Jesu 'Giussy' MARÍN, Margarita MURCIANO DOMÍNGUEZ, Ignacio PAJÓN LEYRA, David PASQUAL COELLO, Sandra PEDRAZ DECKER, Luz RELLO SÁNCHEZ, Martha RINCÓN CANO y Alejandro ROMERO NIETO.

Colaboraciones especiales

Número de AVOGRADO (pseudónimo), Mariana BRIEQUE JIMÉNEZ-CAMACHO, Peter S. FOSL y Eduardo VALLS OYARZUN.

Diseño

María Piedad GARCÍA-MURGA SUÁREZ, Borja MENÉNDEZ DÍAZ-JORGE y Julia VALIENTE GARRIDO.

Agradecimientos especiales

Santiago LÓPEZ-RÍOS MORENO

Produce

Emeuve Impresores
emeuve@auna.com

Depósito Legal

M-10021-2007

ISSN

1887-522X

La dirección no se hace responsable necesariamente de las opiniones expresadas por colaboradores o invitados.

Con el apoyo oficial de la UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID



Esta gaceta, sin ánimo de lucro, se publica gracias al amable apoyo de los siguientes departamentos, facultades y vicerrectorados: departamento de Filología Inglesa I; departamento de Filología Inglesa II; facultad de Filología; facultad de Filosofía; facultad de Geografía e Historia; vicerrectorado de Cultura, Deporte y Política Social; vicerrectorado de Estudiantes y vicerrectorado de Relaciones Internacionales y Ayuda al Desarrollo. La gaceta tiene una tirada de 2000 ejemplares, repartidos en las facultades de letras de la UCM, así como en bibliotecas y centros culturales.

EDITORIAL

UN COMETA HACIA LA VERDAD

Un cometa es, grosso modo, un fragmento de hielo flotante, un bólido atraído por la gravedad del sol y que, acercándose a éste, desprende restos de agua y polvo que conforman su célebre cola. Esta cola, contrariamente a la creencia general, siempre se dirige en dirección opuesta al sol.

Hablando metafóricamente, puede hacerse una interesante comparación entre la ciencia y el hipotético cometa. Como aquella, el bólido tiende hacia un objetivo luminoso, el sol, la verdad y el conocimiento. Como aquella, desprende fragmentos que pasan a formar parte de la oscuridad y del vacío. Es aquí donde entra en juego la superstición, pues ésta, igual ahora que hace miles de años, se alimenta directamente de los restos que la ciencia deja.

Los babilonios y los mayas no distinguían astronomía de astrología. Hoy en día, las pseudociencias y las teorías de la conspiración heredadas de la Guerra Fría se alimentan de la propia ciencia, desvirtuándola para su propio beneficio. Esto no es algo que deba sorprendernos, pues responde a un comportamiento típicamente humano y que, en cierto modo, tiene tanto su lado malo como tiene su lado bueno. Somos críticos y curiosos. La misma curiosidad que nos dirige a explorar los planetas nos dirige también a rellenar los huecos de nuestra ignorancia con parcheados de mayor o menor creatividad. Lo que debe preocuparnos es otro asunto: la respuesta de la ciencia ante el grupo de mendigos que se arrima a sus puertas, viviendo de sus restos pero atacando a la vez sus cimientos.

¿Basta con mirar a otro lado? Una altísima proporción de la población española piensa que la parapsicología tiene fundamentos científicos o que el hombre nunca llegó a la Luna (¿Por qué no piensan que Amundsen nunca llegó al Polo Sur? Seguramente haya menos pruebas de su hazaña que de la de Armstrong). La respuesta a esto no debe ser fría como el núcleo de un cometa. Se debe hacer compartir la ilusión por la búsqueda del conocimiento científico. Un poco de divulgación no es suficiente, pues el problema no es pequeño, sino enorme, y sin visos de mejorar a corto plazo.

Nosotros no somos científicos. Nuestra ignorancia no es menor que la de quienes dicen que el alma tiene color y peso. Sin embargo, queremos poner nuestro granito de arena. Igual que antes, volvemos a ofrecer el cáliz venenoso del conocimiento. Por la ciencia y por la cultura. Salud.

B.M.

EN ESTE NÚMERO

Página 3. Superstición.

¿Por qué existe la superstición? Dos expertos tratan de responder a esta compleja cuestión.

Página 4. Metallica, Nietzsche and Marx.

Un reportaje especial escrito por Peter S. Fosl, profesor de filosofía de la Universidad de Transilvania en Lexington, Kentucky. ¿Qué se esconde tras las letras de Metallica? (En inglés).

Página 5. Artículos.

Artículos variados, todos ellos escritos por alumnos de Filosofía, Filología e Historia.

Página 11. Entrevista.

¿Puede una persona joven publicar sin tener que vender a cambio sus órganos internos?

Página 12. Relatos.

Cinco cuentos de los escritores Cristina Araújo, M^a Piedad García-Murga, Laura Herrero, Martha Rincón (Premio Booket 2003) y Alejandro Romero (Finalista del premio Booket 2007).

Página 18. Poesía.

Un viaje que nace con la idolatría de lo clásico para terminar con la reivindicación de lo moderno. Si el verso es herramienta, ¿puede ser también un arma?

Página 21. Concursos literarios.

Información actualizada sobre los próximos y más relevantes concursos literarios.

Página 22. Creación y osadía.

Un repaso al teatro de actualidad, pero sin olvidar lo clásico.

Página 23. Literatura, cine y música.

Con secciones dedicadas a la poesía sobre América, música Ambient y Harvey Weinstein.

Página 24. El chat.

Sección especial de contraportada, en este número escrita por David Pascual.

Tú también puedes colaborar con nosotros si así lo deseas. Participa activamente del modo que mejor puedas: escribe relatos, poemas, artículos, entrevistas... Los estudiantes de intercambio serán especialmente bienvenidos. También estamos abiertos a tus comentarios y sugerencias. Contacta con nosotros escribiendo a mephisto_ucm@hotmail.com

DE LA LUNA A LA TIERRA

Por Eduardo Valls Oyarzun (Profesor de Filología Inglesa II)

Tenemos un problema. Hace unos meses, en el transcurso de una charla informal, sin saber cómo, diez alumnos de teatro inglés y yo (su profesor) acabamos discutiendo sobre la posibilidad de que el alunizaje del Apolo XI no hubiera tenido lugar jamás. Al principio no di importancia al asunto. Sin embargo, tras un buen rato de conversación, me sobrevino un inquietante momento de revelación que todavía, varios meses después, sigue dando vueltas en mi cabeza. En medio del pasillo, tuve la sensación, clara y distinta, de estar metido en una película de “ciencia-ficción”. El villano acababa de pulsar el botón de su inexorable Doomsday Machine y el resto de personajes no podíamos sino esperar a que nuestro planeta (las humanidades) se desintegrara en algún rincón oscuro de la galaxia Esturión.

La fe en el “alunizaje fantasma” constituye la expresión grotesca de un problema cuya versión más afable se manifiesta en las charlas que sobre física cuántica, teoría de partículas, relatividad especial y teoría de cuerdas (recuerden este nombre porque es la última moda en ciencia: ¡física teórica de los años ochenta!) se desarrollan en nuestros pasillos. Es evidente que la voluntad de significado sigue operando en los futuros profesionales de las humanidades, pero desde que el alto estilo positivista promovido por la teoría literaria triunfara entre nuestros ancestros, la permeabilidad del discurso humanístico a la retórica científicista se ha convertido en un problema mayúsculo. La anécdota del alunizaje constituye, en mi opinión, un síntoma relativamente simpático de este proceso de sublimación de estilos, pues encarna la parodia desquiciada de la moda científicista que tanto ha arraigado en nuestra disciplina. Me explico: la gran mayoría de nuestros alumnos comparte la voluntad de significado que mueve a escoger nuestra profesión. Pero claro, si los instruimos en un discurso con afán positivista, no debe sorprendernos que, al final de un período de adaptación, se sientan más atraídos por la serena precisión inherente a la retórica de la física que por los misteriosos arcanos de las humanidades. Esta situación ya debería preocuparnos en buena medida. Ahora bien, el caso del “alunizaje fantasma” es todavía más siniestro para nuestra disciplina, pues concentra la voluntad de significado, no ya en un discurso de corte positivista, sino en una absurda disputa de ingeniería de salón. ¡Perfecto: primero se nos cuela la retórica positivista y luego el discurso utilitarista!

Si los futuros humanistas dan pábulo a la controversia del alunizaje del Apolo XI (es curioso que sólo se discuta sobre al Apolo XI; nadie pone nunca en duda los alunizajes de las misiones XII, XIV, XV, XVI y XVII), quiere decir que las cosas van a peor; ya nos rendimos en su día a la ciencia y ahora vamos capitulando, poco a poco, ante la ingenierocracia. A mí no me inquieta que se haya llegado o no a la luna. A mí me inquieta que los miembros de la clase humanista den crédito alguno a esa discusión: ¡camaradas, esa absurda “guerra de las galaxias” no es nuestra guerra, tenemos todas las de perder! ¡Maldita sea! El problema parece serio. A buen seguro, acabará afectando a nuestra autoestima. Y no sé de dónde vamos a sacar el dinero para la terapia. Repitan, pues, todos conmigo: “Tenemos un problema...”, “Tenemos un problema...”

SOBRE NÚMEROS Y SUPERSTICIÓN

Por Número de Avogrado (Profesor de Análisis Matemático).

La Realidad, ésta en la que vivimos, la que nos define y nos determina, está ella misma regida de una parte por ideas y de otra por cuantificación, por números. Ideas y números colaboran en su constitución, pero ni hay una idea que se dé en la Realidad ni en la Realidad se pueden dar los números. Vamos a poner un ejemplo: se puede hablar de SIETE OVEJAS. Este sintagma es un intento de dar cuenta de algo que por una parte responde a la idea de OVEJA y por otra parte se pretende que haya SIETE ejemplares de lo mismo, lo cual es imposible. Nunca se puede decir estrictamente que se den en la Realidad SIETE OVEJAS: se pretende como si lo fueran, pero en Realidad son más o menos OVEJA y más o menos SIETE.

Los números, al aparecer colaborando en dicha constitución mediante la cuantificación, no pueden tener significado, puesto que son ellos los que cuantifican el significado de las palabras que lo tengan. ¿Qué significa “cinco”? Es en esa colaboración de los números con las palabras de significado cuando se les queda algo de esa significación como pegado a ellos y surge una especie de creencia en la necesidad de que también signifiquen algo. Pongamos un ejemplo: cuando los científicos consideran alguna de las constantes con las que se encuentran, como, por ejemplo, la constante de la gravitación, y dicen que es $9'8 \text{ m/s}^2$, muchos se dedican a creer que este $9'8$ significa algo, que bajo el número está codificado el secreto de lo que no entendemos. Es la acción de los números construyendo Realidad la que al producir la ilusión de que yo sé, por ejemplo, qué es el movimiento, qué la velocidad, qué la aceleración, puesto que puedo contarlos, entonces de rebote se intenta y se busca que en los propios números que miden el movimiento, la aceleración, etc., haya una significación, aunque no la entienda uno, y por eso hasta se dice “esos números esconden el secreto del universo”.

Esas formulaciones y fe en los números de las que participan los propios científicos son una de las apariciones de esto que podemos llamar superstición. Entre la gente del pueblo, entre la gente que no está sometida a los lenguajes científicos ni filosóficos (por lo tanto, que su manera de padecer la falsedad de la Realidad es más elemental, mucho más relacionada con los casos de lenguaje inmediato) esto se nos manifiesta desde la manía de guiarse leyendo el oróscopo de uno, que está regido por los números del día en que nació, hasta el hábito de jugar a la lotería. Cualquiera descubre en estos juegos de azar que la probabilidad de que a uno le toque es pequeñísima, pero se carga uno de fe en ciertos números y en sí mismo y entonces se dedica a creer que por eso le va a tocar, que están hechos para él. Esta búsqueda del significado, que no deja de ser un mecanismo de reducir sentimientos y vida a ideas, esta condena a la significación, recurre continuamente a los números porque éstos, al estar libres de significación, son más fáciles de ser manipulados atribuyéndoles una significación aleatoria e independiente de la lengua que uno hable; porque difícilmente las ideas, que rigen para las otras palabras de significado, se prestarían a semejante manipulación por parte de la voluntad de los hablantes, puesto que su significado viene definido por el uso común.



MEFISTÓFELES SE PRESENTA

Su nacimiento fue indeterminado, indefinido, nadie sabe exactamente cuándo la caótica masa magmática de sentimientos y pensamientos empezó a tomar forma, pero lo ha hecho y un nuevo avatar mephistofélico ha surgido de la tierra: las autoridades lo certificaron el día 23 de abril de 2007. Qué será de ello sólo el tiempo lo dirá, pero el tiempo no es nada mientras pasa y la vieja serpiente renace a cada paso de su huevo de amor y pensamiento.

D.P.

METALLICA, MARX AND NIETZSCHE

By Peter S. Fosl, Professor of Philosophy at Transylvania University



There are those who think that “philosophical rock” is somehow an oxymoron, that neither rock musicians nor the music they produce can have real philosophical meaning. This view is nonsense. Rock musicians, like their fans, are at least as smart as anyone else. Moreover, the ideas produced by great philosophers permeate culture and often speak through people, whether they’re aware of it or not. This, too, is true of rock musicians as much as it’s true of other people, perhaps even truer of them.

Metallica is, of course, to those who’ve actually paid attention to their music, a decidedly philosophical rock band. While, granted, the band members have had no formal philosophical training, the lyrics of their songs and various qualities of their music do exhibit real philosophical meaning. James Hetfield (1963-), in particular, the band’s lead singer and principal composer, presents insightful criticisms of religion, morality, and society. His philosophical commentary, in fact, is strikingly similar to some of the lines of criticism that have been developed by philosophers Friedrich Nietzsche (1844-1900) and Karl Marx (1818-83). I have argued as much elsewhere.

What is it that I think similar between Metallica and Nietzsche and Marx? Well, the principal thing is that like Nietzsche and Marx, Metallica advances a moral criticism of religion, in particular Christianity. Over the course of western philosophical history, philosophers have criticized religion in a number of ways. Perhaps the best known is what I’d call the “epistemological” critique perfected by philosophers of the European and American Enlightenment. This line of criticism argues that the kinds of things that religions claim to know just can’t be known—for example, whether God exists, whether there’s one God or many, whether God is a trinity or not, whether God thinks, whether God is loving, whether God issues any moral prescriptions for us, etc. The religious often pretend to know such things, but of course they really don’t.

Philosophers have also developed what I would like to call a “metaphysical critique” of religion, arguing that the sorts of things that the religious claim exist actually don’t exist, and perhaps can’t exist. So, for example, those who argue this sort of line might maintain that there can be no such thing as an immaterial, omnipresent, mind, that an eternal being is impossible, or that the existence of a good God is inconsistent with so much evil in the world.

Other philosophers have argued that the very concepts and ideas the compose religion make no sense. It makes no sense, for example, to speak of a being that is utterly transcendent, that’s beyond all human experience. It’s simply incoherent to maintain the universe was created out of nothing. The idea of Jesus being both God and human is internally incoherent. The theory of the Trinity (one being but three persons) isn’t a mystery but a muddle.

While they are, no doubt, more popular, these three aren’t the only lines of

criticism that philosophers have advanced against religion. A fourth kind of critique has argued that religion is objectionable on strictly moral grounds. Let’s call it the “moral critique.” Criticizing religion on moral grounds may seem a rather odd thing to do because so many people actually define what’s morally good and bad according to what religion says is morally good and bad. But many of the western tradition’s most important philosophers have deployed just such a form of criticism against religion—among them I’d count Xenophanes, Socrates, Lucretius, Voltaire, Hume, and of course Nietzsche and Marx. Metallica’s philosophical thought positions the band in this philosophical stream, as well. How so? Well, start with this: Nietzsche argues that Christianity is a “slave morality.” It weakens people and collects them into a docile herd that can be managed and manipulated by the more powerful. Similarly, Marx and Engels maintain that religion is what they have famously called the “opiate of the masses.” It’s a sedative to which those who’ve suffered the ravages of exploitation turn in order to find comfort and hope. It’s a narcotic keeps the masses stupefied, looking for a better life in the next world rather than pursuing revolutionary struggle in this one.

Those who know Metallica will know that James Hetfield suffered through the rigors of being raised in a Christian Scientist family. His lyrics in “Leper Messiah” (a figure that calls to mind both David Bowie’s “Ziggy Stardust” and the mythology of ancient Judaism, Isaiah 53) stem from this twisted family background in their description of religion alternatively as a “disease,” an addictive drug, a form of mind control, and an instrument of power.

One of my favorite among Metallica’s songs, “Leper Messiah” drips with both Nietzschean and Marxian sentiments.

Marvel at his tricks, need your Sunday fix.

Blind devotion came, rotting your brain.

Chain, chain

Join the endless chain.

Fame, Fame

Infection is the game, stinking drunk with power.

We see.

...

Witchery, weakening

Sees the sheep are gathering

Set the trap, hypnotize

Now you follow.

[Chorus]

Lie.

“Holier than Thou” trumpets a kind of solidarity with the working class and threatens the ruling class with revolutionary judgment in response to the way things that present themselves as “sacred” and “just” instead cloak privilege and exploitation.

*It's not who you are, it's who you know
Others lives are the basis of your own
Burn your bridges build them back with wealth
Judge not lest ye be judged yourself.*

“And Justice for All” tells it like it is in its account of the way those with economic power often control our world:

*Halls of justice painted green
Money talking
Power wolves beset your door
Hear them stalking
Soon you'll please their appetite
They devour
Hammer of justice crushes you
Overpower.*

But there is also something worrisome about Metallica’s songs in terms of the Marxian and Nietzschean critiques. While in Metallica’s songs we find a lot of complaints about how bad things are, there’s much less of a call to rise up and prevail over them; and there’s not much of an alternative to religion presented. The clearest example of this tendency in their songs is probably the piteous “One.” Left blind, deaf, mute, and limbless by a landmine, the song bemoans how people are used up and cast aside by their exploitive rulers: “Nothing is real but pain now.” Pleading for death, the former soldier beseeches God for release, even the release of annihilation. But just as God failed to bring consolation to James Hetfield at age thirteen when his father fled his family or at age sixteen when his devout Christian Scientist mother was consumed by cancer, God brings no consolation to the abandoned veteran. As it is in “The God that Failed,” the oppressive forces of society in “One” seem to have won.

Broken is the promise, betrayal
The healing hand held back by the deepened nail.

This dimension of Metallica’s songs seems to me to exhibit the kind of defeatism that has afflicted the left in the wake of the failure of a Marxist revolution to improve things. It also, I think, is symptomatic of what Nietzsche calls “incomplete nihilism”—the failure of even critics of Christianity to have fully escaped Christianity’s debilitating grip. Too often, I think, Metallica’s art is well described by Nietzsche’s diagnosis. Too often the band hasn’t fully free itself from the Christian worldview but instead simply whines about God not living up to his followers’ expectations. I confess to feeling on occasion that Metallica should cut the whining and just get over it. Once or twice I’ve actually turned off their music (or forwarded to the next song) in disgust.

The clearest example, I think, of Metallica’s nihilistic tendency is “To Live is to Die” (Hetfield’s spoken word performance of a poem by Cliff Burton).

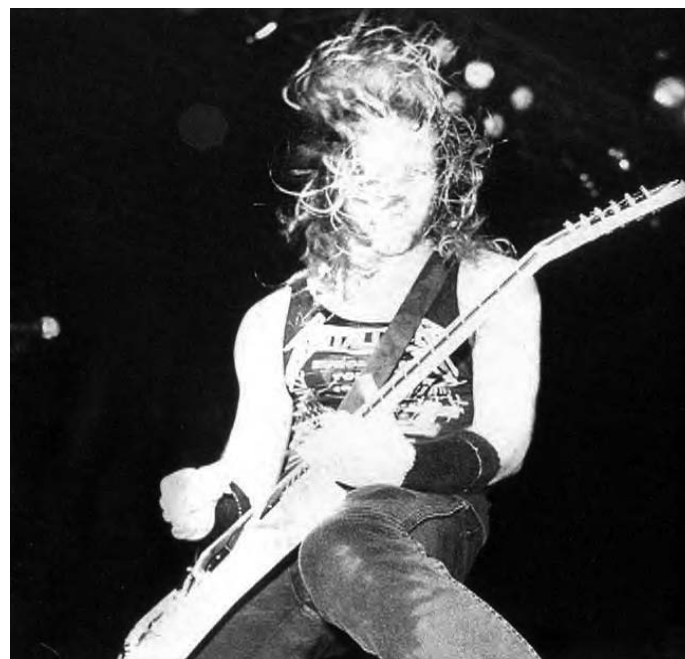
*When a man lies he murders
Some part of the world.
These are the pale deaths which
Men miscall their lives.
All this I cannot bear
To witness any longer.
Cannot the kingdom of salvation
Take me home?*

No, James, it can’t, and you’re mistaken even to wish it would. Nietzsche explains how even minds as independent as Metallica’s remain within Christianity’s grip—why in a sense Metallica is still at times a Christian rock band. Now we discover needs implanted by centuries of moral interpretation—needs that now appear to us as needs for untruth; on the other hand, the value for which we endure life seems to hinge on these needs. This antagonism—not to esteem what we know, and not to be allowed any longer to esteem the lies we would like to tell ourselves—results in a process of dissolution. (Will to Power, Book I §5, 10)

The problem Metallica faces is one that afflicts many of us: while we’ve recognized the falsehood and immorality of religion, it’s still difficult for us to understand how we can lead meaningful lives without it. Metallica, however, isn’t all failure. I think that the band has shown important signs of “getting over it” and beginning to see how a meaningful life can be led beyond Chris-

tianity. I think, in fact, that it’s in part because of the band’s alternative vision, and not simply because of its complaints, that Metallica has drawn so many young people to its music. Part of that alternative vision is, of course, the music itself. Metallica’s driving guitars and thunderous drums speak to us of strength and defiance and power, not dissolution and pessimism. Hetfield’s growling, muscular voice inspires us with its awesome tone and texture, no matter what the lyrics say. But, indeed, there are lyrics suggesting an alternative vision, too. Perhaps the best are those of “Escape.”

*No one cares, but I'm so much stronger.
I'll fight until the end
To escape from the true false world.
Undamaged destiny.
Can't get caught in the endless circle
Ring of stupidity.*



And then I think there’s something else, something perhaps even more important. A crucial indication that Metallica has more completely transcended Christianity is the suggestion in the film *Some Kind of Monster* (2004) and in *St. Anger* (2003) that Hetfield no longer obsesses about the way religion has victimized him. Paradoxically, to be free from religion is not to be consumed by anger towards it—even a negative relationship is still a relationship. To be free of religion is to understand its dangers but to put oneself beyond their reach; perhaps it’s also even to accept that for some people, for example those struggling with alcoholism, something like religion may even serve a salubrious function.

Metallica, then possesses a complicated relationship to Marx’s and Nietzsche’s critiques of religion. Metallica shares with these philosophers an acute sense of religion as an immoral institution. Metallica also, however, in its revolutionary pessimism and in its incomplete nihilism, exhibits a failure to realize the promise Marx and Nietzsche offer of a life beyond religion. But in Metallica there are also increasingly important elements that suggest that the band is well on its way to recovering from religion. I look forward to seeing just how far they can get in their escape.

BIBLIOGRAPHY

Karl Marx, *Contributions to a Critique of Hegel’s Philosophy of Right* [1844] in the *Portable Karl Marx*, ed. by Eugene Kamenka (London: Penguin, 1983).

Friedrich Nietzsche, *Genealogy of Morals in Basic Writings of Nietzsche*, ed. and trans. by Walter Kaufmann (New York: Modern Library, 1968) §20

Friedrich Nietzsche, *The Will to Power*, ed. by Walter Kaufmann and R.J. Hollindale (New York: Vintage Books, 1968), Book I, §28,19

Friedrich Nietzsche, *The Gay Science*, ed. by Bernard Williams (Cambridge: Cambridge University Press, 2001), §108

Friedrich Nietzsche, *Untimely Meditations*, ed. by Daniel Breazeale (Cambridge: Cambridge University Press, 1997).

Friedrich Nietzsche, *Twilight of the Idols in the Portable Nietzsche*, ed. and trans. Walter Kaufmann (New York: Viking Penguin, 1982), pp. 95-6.

Peter S. Fosl has co-authored and/or co-edited the following books: *The Philosopher’s Toolkit: A Compendium of Philosophical Concepts and Methods*, *The Ethics Toolkit*, *British Philosophers 1800-2000* and *British Philosophers 1500-1799*. He is also a contributing editor to *The Philosophers’ Magazine*.

EL UNIVERSO NOVELÍSTICO

Apuntes para una teoría de la ficción I

Una novela que se preste a ser considerada como obra de arte debe cumplir la condición de crear su propio Universo, paralelo a nuestro universo real. Cuando una novela narra una historia, esa historia no debe ser simplemente un caso más de nuestro universo, no debe ser un espejo con el que el escritor refleja su propio contorno de un modo completamente natural; al contrario, por muy semejante que sea al nuestro, el universo de una novela debe ser propio y consistente, con un pasado, un presente, e incluso con un futuro igual de incierto que el nuestro (ni siquiera el propio autor sabe con exactitud qué le deparará el futuro a los personajes de la historia que está narrando). El universo de una novela debe poseer la misma aspiración a ser <<real>> que ostenta nuestro propio universo. Debe por tanto ser verdaderamente un mundo posible, más que posible, un mundo que simplemente no existe efectivamente porque no es el nuestro. Las novelas de ciencia-ficción y de fantasía son el ejemplo por antonomasia de esa necesidad de crear un universo consistente y coherente.

Es cierto, sin embargo, que todo universo novelístico debe encontrarse limitado en algunas regiones. Su Historia no puede alcanzar las dimensiones de nuestra propia Historia, sería prácticamente imposible que un autor creara su propia Historia universal de principio a fin; incluso en el caso de que su universo sea lo más semejante posible al nuestro y comparta nuestra Historia, el autor ha debido modificar en algún punto nuestra Historia para introducir la suya, y entonces el universo de la novela se vería limitado a esas modificaciones. Un autor no puede crear un universo novelístico de la nada, sin patrones de medida, sin preceptos. La Sociedad y la Historia inclinan la creación hacia ciertas pautas o modelos, y el propio pasado vital del autor le otorga una información y unos recursos de los que no puede desembarazarse en el <<momento>> de crear la novela. Pero esta limitación del universo novelístico no es suficiente para minusvalorar su gran elaboración, la cual es necesaria para que toda novela sea considerada como obra de arte.

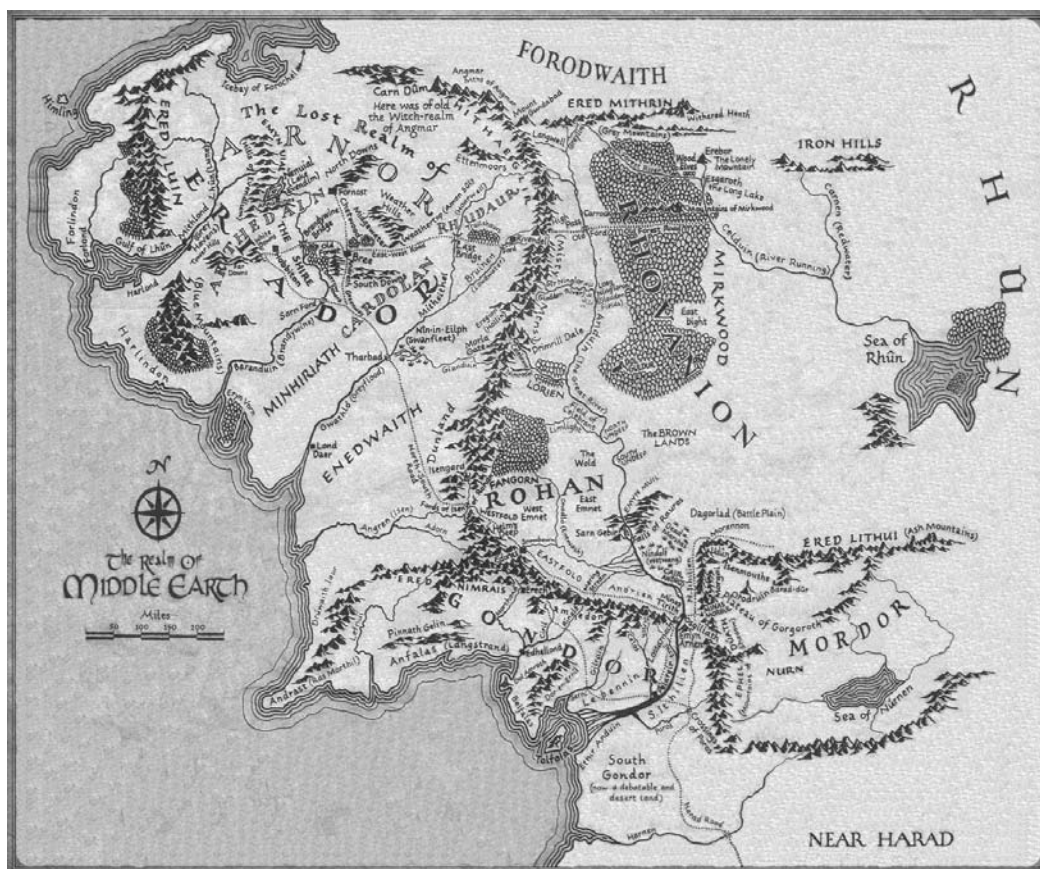
¿Dónde está la diferencia, entonces, entre el universo de la novela y el propio universo del autor? (exceptuando, claro está, la diferencia proveniente de la efectiva existencia). En cuanto a grado de realidad, no tenemos derecho, en principio, y con lo que respecta a verdaderas obras de arte, a decir que el universo de la novela es menos real que el universo real, pues ambos son igual de consistentes y de posibles. La diferencia debemos buscarla dentro de un plano histórico-temporal, del que deriva un plano ideológico-cultural. Del devenir histórico en el tiempo novelístico de los personajes literarios se deriva un devenir cultural que responde a las personalidades que esos personajes vayan conformándose a lo largo de sus acciones y de sus experiencias, de tal modo que la cultura del universo novelístico cambie conforme se transforma, o es transformada por sus personajes, su Historia, conformando con ello una Historia y una Cultura o Ideología propias del universo novelístico, y diferente por tanto de las nuestras.

Las diferentes situaciones y las experiencias narradas en una novela, por pertenecer a la realidad ontológica intermedia de la ficción, no poseen espesor, son frágiles, no se sostienen en una experiencia real, sino que podrían ser consideradas como una suerte de fantasmas que planean sobre (o, más concretamente, debajo de) nuestra realidad ontológica y dibujan sus perfiles en nuestro universo, estando presentes y no presentes al mismo tiempo, perteneciendo y no perteneciendo a este mundo. Obtienen la mayor parte de su sentido de esta realidad, pero al conformarse como un universo paralelo se independizan de ella y conforman de ese modo una realidad sin

anclaje, sin espesor, sin cimientos, sostenida únicamente por la propia memoria de la humanidad, recibiendo de ella su ser. El universo novelístico no tiene espesor – pero no tener espesor no significa o no implica necesariamente no tener profundidad, no tener insistencia.

El tiempo de la novela transcurre en su propio universo sin espesor, sin anclaje empírico, en un cierto tipo de pasado que no se sitúa exactamente en nuestra línea del tiempo; las acciones narradas no ocurrieron, con propiedad, ayer, hace un mes o hace doscientos años, sino que ocurrieron in illo tempore, esto es, en un tiempo sin espesor existencial, con un pasado delgado y un futuro aún más delgado, dentro de una línea temporal sin un comienzo ni un final en nuestro tiempo. Sin embargo, ese tiempo sigue poseyendo una insistencia, un peso histórico, ideológico, e incluso semántico, que se explicita en cada acción llevada a cabo por los personajes y que hace explotar sus consecuencias incluso en nuestra propia realidad. La novela narra un pasado lejano, casi desanclado del presente – pero nuestro presente no está desanclado de él, y de ahí recibe parte de su importancia. La novela nos sitúa en un pasado lejano que va a repercutir en un presente, que lo va a hacer estallar – ¿y quién dice que ese presente no sea el nuestro? El universo novelístico no se despliega en el tiempo, como una Historia ya fijada, ya determinada o destinada, pues ninguna Historia tiene esas características; al contrario, no es el universo novelístico, sino su propia esencia, su propia insistencia, la que se despliega existencialmente en un tiempo que no es el cronológico, el de segundos, horas, meses y años, sino un tiempo sin tiempo, cuyo despliegue o cuya explicitación hace estallar el acontecimiento real en un instante determinado.

La Novela es una Muerte, y esa muerte le viene dada por el punto final. Ningún personaje seguirá existiendo más allá de ese límite. Su tiempo existencial está encerrado en esas páginas, otorgado por el autor pero también eliminado por su pluma asesina. La última página siempre está escrita con sangre, con la sangre de los personajes que han vivido hasta ese momento: ningún autor puede escribir sin tristeza esa última página, sin sentir que está cometiendo el mayor de los asesinatos. Pero esta transformación sólo puede darse ante los ojos de la Sociedad. Aquí falta por formularse una pregunta, el problema no ha sido planteado en todos sus matices dramáticos: ¿para quién muere el Quijote en la primera parte y no reaparece idénticamente en la segunda, para quién desaparece Macondo? La respuesta es tan clara como significativa: para nosotros, los lectores. El punto final es una Muerte porque produce la pérdida del vínculo que hasta ese momento nos unía con la Novela, aleja los universos paralelos y los obliga a continuar existiendo al margen del otro. ¿No es igual de cierto que el Macondo de Cien años de soledad es el mismo que el del resto de novelas de García Márquez? Es el mismo, y a la vez no lo es. Para nosotros no lo es; pero para los habitantes del universo creado por García Márquez está claro que sí lo es, pues su Historia es la misma, es un continuo temporal. Los libros están conectados entre sí, hablan unos con otros y unos de otros, pero para nosotros esa conexión siempre tiene que atravesar por nuestro universo, y ahí es donde se da la transformación, donde la vida deviene destino, la duración acción teleológica y el existir una Muerte anticipada. Como lectores que alcanzan ese punto final obligamos a los personajes de la novela a no ir más allá, a no poder franquear ese límite y a quedar encerrados entre el punto inicial y el punto final. Desde ese momento, toda acción está determinada, necesitada a repetirse igual incansablemente, todo suceso obligado a encaminar a la Historia hacia un final que cierra su significado, y toda existencia encaminada a una muerte segura – el eterno retorno de lo idéntico cantado por la serpiente y el águila...



La Novela es una Muerte, y esa muerte le viene dada por el punto final. Ningún personaje seguirá existiendo más allá de ese límite. Su tiempo existencial está encerrado en esas páginas, otorgado por el autor pero también eliminado por su pluma asesina. La última página siempre está escrita con sangre, con la sangre de los personajes que han vivido hasta ese momento: ningún autor puede escribir sin tristeza esa última página, sin sentir que está cometiendo el mayor de los asesinatos. Pero esta transformación sólo puede darse ante los ojos de la Sociedad. Aquí falta por formularse una pregunta, el problema no ha sido planteado en todos sus matices dramáticos: ¿para quién muere el Quijote en la primera parte y no reaparece idénticamente en la segunda, para quién desaparece Macondo? La respuesta es tan clara como significativa: para nosotros, los lectores. El punto final es una Muerte porque produce la pérdida del vínculo que hasta ese momento nos unía con la Novela, aleja los universos paralelos y los obliga a continuar existiendo al margen del otro. ¿No es igual de cierto que el Macondo de Cien años de soledad es el mismo que el del resto de novelas de García Márquez? Es el mismo, y a la vez no lo es. Para nosotros no lo es; pero para los habitantes del universo creado por García Márquez está claro que sí lo es, pues su Historia es la misma, es un continuo temporal. Los libros están conectados entre sí, hablan unos con otros y unos de otros, pero para nosotros esa conexión siempre tiene que atravesar por nuestro universo, y ahí es donde se da la transformación, donde la vida deviene destino, la duración acción teleológica y el existir una Muerte anticipada. Como lectores que alcanzan ese punto final obligamos a los personajes de la novela a no ir más allá, a no poder franquear ese límite y a quedar encerrados entre el punto inicial y el punto final. Desde ese momento, toda acción está determinada, necesitada a repetirse igual incansablemente, todo suceso obligado a encaminar a la Historia hacia un final que cierra su significado, y toda existencia encaminada a una muerte segura – el eterno retorno de lo idéntico cantado por la serpiente y el águila...

M.A.BUENO

COSMOS

"La Belleza es Verdad, la Verdad, Belleza, esto es todo lo que sabemos en la tierra y lo que necesitamos saber"

John Keats

Carl Sagan dice que "tiene sentido reverenciar al sol y las estrellas porque somos sus hijos", y es que estamos hechos de estrellas, de restos de supernovas. Nacemos de la muerte de las estrellas, que su último ciclo de vida se van apagando o explotan en forma de novae, supernovas, estrellas de neutrones y nebulosas. Los elementos que forman la composición de la vida nacieron de estos restos fabricados en el núcleo de unas estrellas que en el último ciclo de su vida sufren unas reacciones nucleares en su interior y mueren explotando, dejándonos con impresionantes imágenes de colosales nebulosas y diseminando por el cosmos estos preciados elementos que sistematizamos en la famosa tabla periódica y de los que estamos formados. La Belleza de un ser humano está en la manera en que estos átomos están dispuestos y en la información recibida a lo largo de más de 4000 millones de años de evolución biológica.

Carl Sagan, de pequeño, se maravilló al abrir un libro de la biblioteca y leer: "las estrellas son soles que están muy lejos". No todas las estrellas son blancas; pueden ser azules cuando son jóvenes y calientes, amarillas cuando son de mediana edad, rojas cuando son viejas y frías y blancas pequeñas o negras cuando están a punto de morir. Cada uno de estos soles está situado a una distancia diferente de nuestro sistema aunque al mirar el firmamento nos parezca ver un manto tachonado de pequeñas luces brillantes, todos iguales y cercanos entre sí. De hecho, las constelaciones están formadas por estrellas muy lejanas entre sí, aunque los astrólogos sigan hablando de la influencia de los signos del Zodíaco sobre nuestras vidas, ignorando este importante detalle, y si tuviésemos que pensar en su influjo gravitatorio, tendríamos que tener en cuenta que la influencia de la matrona o el tocólogo a la hora de nuestro nacimiento sería muchísimo más decisiva que la de unos puntitos brillantes situados a millones y millones de años-luz. Además, las estrellas no están fijas como chinchetas en el cielo, sino que se mueven y sus distancias varían entre sí haciendo que, por ejemplo, hace un millón de años no hubiera lo que hoy conocemos por "Osa Mayor" porque la distribución de las estrellas era muy diferente. Así, por ejemplo, lo que conocemos como osa mayor era llamada en Norteamérica "el Gran Cucharón", en Francia "la Cacerola", en Inglaterra "el Arado", en China es un emperador sentado sobre una nube y acompañado por sus siervos, en la Europa medieval "la Carreta de Carlos" o "el Carro", los griegos y los nativos de América veían la cola de la Osa Mayor, y los antiguos egipcios una procesión con un toro, un hombre en horizontal seguidos por un hipopótamo con un cocodrilo encima. Los antiguos creían que la Vía Láctea era la espina dorsal del firmamento, creían que sujetaba los pedazos del cielo, tenía un valor práctico. Tendemos a reflejar en el cielo animales, objetos, mitos que están en nuestra mente dependiendo de en qué nos fijásemos en cada época; si en los descubrimientos, en la navegación, en la técnica, en la ciencia, en la mitología... Estos mapas estelares que conocemos por constelaciones nos son muy útiles para conocer las posiciones de las constelaciones, para localizar las estrellas, los planetas, los cometas y los meteoritos, aunque inicialmente la astronomía servía para predecir las estaciones, inundaciones, cosechas de frutos...

De la observación y el asombro por lo que nos rodea y por la tendencia del universo a organizarse en estructuras matemáticas nace la curiosidad

científica, la admiración por la creación en todas sus facetas. De ahí nacen las preguntas, la investigación, las elucubraciones, los experimentos... Hay preguntas que no conciernen a la ciencia, sino a la religión como "¿qué habría antes del Universo?" Podría responderse que no hay necesidad de una creación, porque ésta ha podido existir siempre, o podemos decir a la pregunta de si Dios no ha existido que tal vez no lo sepa ni él. Una de las cosas verdaderamente misteriosas es cómo por una peculiar combinación de todos estos átomos se da lugar del paso de lo inerte a lo vivo, de lo inorgánico a lo orgánico, todo un verdadero interrogante de la evolución en el primer paso hacia la vida.

Lo más importante es hacer las preguntas adecuadas, y a este juego se le llama ciencia. Los problemas que tenemos es que la física se encarga de los porqués y no puede responder a estas cuestiones, o, al menos, de momento. El problema que tienen las teorías de física actuales es que no se pueden demostrar y muchas veces se quedan en meras elucubraciones o abstracciones matemáticas como la teoría de las supercuerdas o teorías de la unificación de la mecánica cuántica con la fuerza gravitatoria que intentan explicar el universo como un todo en el que existe una unidad de fuerzas. Además es difícil experimentar en Astronomía y comprender las distancias espaciales y temporales a la hora de estudiar el Universo por su enorme vastedad y medidas. Si hiciésemos una comparación de nuestro

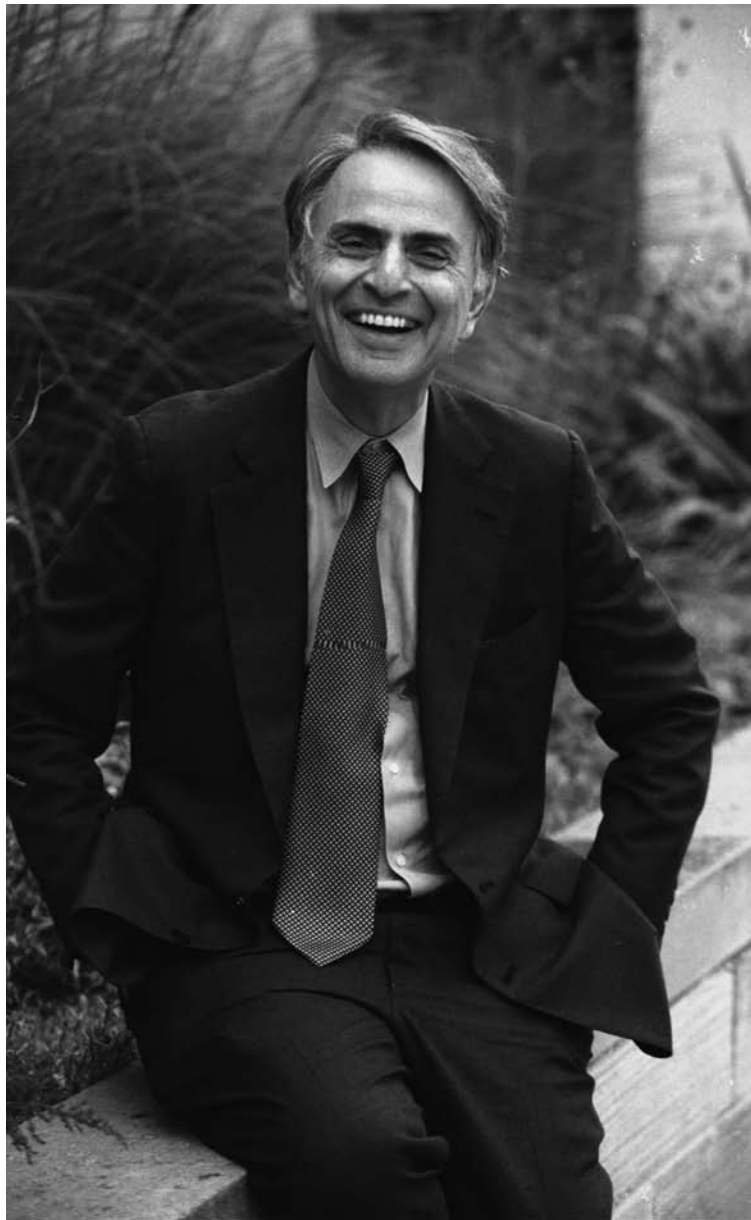
calendario con el del Cosmos comprobaríamos asombrados cómo la vida humana del homo sapiens sapiens no se desarrollaría más que en unos pocos minutos finales del último mes del año.

Carl Sagan se dedica a desmontar mitos y prejuicios. Aunque algunos escépticos no quieran aceptarlo venimos de los peces, estamos conectados con todo el Universo, somos parte de él, y el Universo no se ha hecho para el hombre, como afirmar el principio antrópico, sino que el hombre forma parte del Cosmos, al igual que el resto de la creación, la materia es más antigua que la vida y la tierra está hecha de materia estelar. Si hay vida en otros planetas tiene que estar compuesta de los mismos elementos que la tabla periódica, y las ciencias, las leyes de la naturaleza son iguales en todas las partes, así que si existen otras civilizaciones, también deben de tener este lenguaje común que se llama ciencia. El descubrimiento de que hay un orden, unas leyes naturales, es la base de la ciencia.

Lo que distingue a nuestra especie es la arquitectura de nuestro pensamiento; somos la única especie que ha colocado la información fuera del organismo, y "el secreto consiste en saber qué libros debemos leer". Cuando leemos nos conectamos con la mente de grandes personas. Las bibliotecas antiguamente tenían la inscripción en sus pórticos de "alimento para el espíritu". Toda nuestra información genética está codificada en las moléculas que forman el ADN en una de las cuales cabrían tantos átomos como estrellas en una galaxia. Descifrar estas infor-

maciones internas y externas a nuestro cuerpo nos ayuda a conocernos mejor en toda nuestra integridad como personas y a saber cuáles son nuestros límites, por ejemplo que no podemos viajar más rápido que la velocidad de la luz, sólo muy cerca de ésta el mundo se comprime en un túnel y el tiempo se ralentiza, los relojes también, y el tiempo se dilata, como en el episodio de la Cueva de Montesinos del Quijote.

Sagan nos advierte de que "podemos hundir nuestra civilización en tinieblas o dar a cada habitante una vida abundante y plena, para perfeccionar nuestro conocimiento del universo y para trasladarnos a las estrellas", como también defiende Stephen Hawking. Es importante intentar comunicarnos con otras especies, seres humanos, conocer otros mundos e inventarlos porque ése es un gran paso para entendernos mejor y conocer más sobre nosotros mismos y los grandes enigmas y escondidos secretos, maravillas y portentos de la Naturaleza, del Cosmos que florece y del que germinamos.



EL APRENDIZ DE BRUJO Y EL MISTERIO CROMÁTICO

Apuntes sobre Funciones Léxicas entre términos que designan color y sus adjetivos derivados

Me gustaría comenzar a lo C. S. Lewis: “This is a story about something that happened long ago when your grandfather was a child”. Pero mi historia ha pasado hace menos tiempo o, al menos, eso creía yo.

Todo comenzó cuando un pequeño aprendiz de brujo aceptó el reto de la Musa Lingüística: ¿Qué hay tras los colores?

Como sabéis, todos los brujos —y en especial los brujos del lenguaje— buscan fórmulas mágicas que expliquen cosas.

Así fue cómo el aprendiz comenzó a saborear sus primeras exquisiteces cromáticas. Descubrió que existía una palabra que se aplicaba únicamente al color del vómito: porráceo (!) y otra—más bonita— que sólo describía a los ojos azules: zarcos. En esto, también aprendió historia y vio que la segunda guerra de independencia italiana fue fructífera en lo que a colores se refiere, ya que los colores solferino y magenta, se deben a las batallas del mismo nombre, acuñados en recuerdo a la sangre derramada en 1859.

Más tarde, también oyó hablar de un tal Fuchs, que inventó el fuxia mientras miraba flores alemanas. Pero el aprendiz no quedaba contento con estos manjares, y la Musa Lingüística insistía en que había algo debajo de ese amalgama de redes de colores que se interconectaban entre sí.

Para saber que los colores están relacionados entre sí no hace falta ser brujo. Echemos un vistazo a los adjetivos derivados de color. Todos utilizamos palabras como rojizo, negruzco o anaranjado. Añadimos sufijos a colores y ¡oh casualidad! el mundo nos entiende cuando decimos palabras que no existían antes. ¿Una prueba de ello? Por ejemplo: “rojoso”, con casi 1000 Google-apariciones, o el valiente “amarillado”, con algo menos de 400. ¿No os parecen muchas apariciones para palabras que técnicamente no existen? Entonces, si ocurre esto, si entendemos colores que no existen, es que hay algo allí debajo. Y nuestro aprendiz, pensando que en las definiciones de las joyas lexicográficas encontraría la solución a esa maraña de interconexiones, se dedicó a investigar tooodas las definiciones del DRAE con la



palabra color (nada menos que 2281)... Pero esta búsqueda le sirvió de poco. Nada de fórmula mágica, es decir, nada de relaciones sistemáticas, es decir, recurrentes, es decir, predecibles.

Sin embargo, ingenuamente (y no tan ingenuamente) seguía sospechando el aprendiz (y sopechamos nosotros) que la conexión que hay entre rojo y rojizo será similar a la que hay entre azul y azulado. Incluso con los colores más sofisticados (zafíreo, armiñado, arrosquetado...) volvemos a encontrar una prueba: la relación es la misma.

Si intentáramos encontrar una realización de estas relaciones recurrentes en nuestros diccionarios acabaríamos como el pequeño aprendiz: desquiciado. Tan desquiciado, que emprendió un viaje hacia tierras lejanas en busca de respuesta. ¿Por qué rojizo “tira a rojo” (DRAE), mientras que amarillo es “del color semejante al amarillo” (Clave) ? y ¿por qué azulado es “algo azul”

(Moliner) y verdoso en “del color semejante o con tonalidades de verde” (Clave) y no al revés? A lo mejor el azulado es el que tiene tonalidades —¿qué es tonalidad?— y el verdoso es algo verde, quién sabe. Para colmo, grisáceo es “de color gris o parecido a él” (DRAE) y ¡sorpresa! rosado es “dicho de un color: como el de la rosa” (DRAE). Por cierto, ¿de cuántos colores puede ser una rosa? Si subyace la misma idea, ¿no sería mejor crear un modelo para todos ellos? El pequeño aprendiz pensó todas las incongruencias lexicográficas y se respondió a sí mismo: “...that happened long ago when your grandfather was a child.” Pero ya no. Y siguió buscando.

Y tras topar y preguntar a muchos llegó a Canadá, donde oyó hablar de la MTT (Meaning-Text linguistic theory) y se encontró con un ruso famoso que le dijo: “He aquí un ejemplo de Función Léxica”. (?).

El aprendiz volvió a su casa e investigó y se dio cuenta de que al menos para esos ejemplos de adjetivos derivados podría aplicarse la Función Léxica Micro (posesión de una propiedad en grado mínimo): F(x) Micro (azul) = azulado; o sea, que

no llega a ser azul.

Y así fue como el pequeño aprendiz comenzó de dilucidar el misterio de los colores, mientras que otra pregunta comenzó a golpearle en el cerebro... Si se puede sistematizar un pequeño grupo de palabras del léxico como éste, ¿no se podría hacer lo mismo con todo el lexicón, añadiendo algunas funciones más, quedando así todas las palabras y lexías interrelacionadas como mil telas de araña? Pero esta vez no se iría hasta Canadá para descubrirlo.

L.RELLO

GRAMÁTICA Y ABURRIMIENTO

Seguramente se pensaba el lector de este escrito que iba a hablarle de lo aburridas que resultan las clases de gramática o algo parecido, aunque supongo que si se ha puesto a leerlo es porque no sabía del todo de qué iba a hablarle y le picaba un poco la curiosidad de lo que esas dos palabras juntas podían significar, quizás con la débil esperanza de que yo hablara de eso que está ahora mismo sintiendo que la unión de esas dos palabritas significaba. Nunca se sabe, pero aún queda alguna esperanza, puesto que todavía no me he puesto a hablar del asunto.

La adquisición de la gramática de la lengua de la que es uno nativo (aquella de las del universo mundo que le haya tocado) es un proceso que dura desde los primeros balbuceos infantiles -aquellos que las películas nos dicen que los papás tratan de interpretar ansiosos como de boca de una sibila— hasta algo así como los siete años, edad en la que normalmente el niño ya conoce todos los mecanismos de su lengua y los utiliza con bastante precisión. Desde el momento en que el niño ha alcanzado este conocimiento subconsciente de la gramática, nada nuevo le queda por aprender en este mundo, por lo menos en lo que a su gramática se refiere. Largos años todavía le costará hacerse con el dominio de la mayor parte del vocabulario que los adultos utilizan para su sorpresa y espanto, pero esto son sólo palabras nuevas que se añaden a un esquema ya conocido: esa extraña parte de la gramática que es el vocabulario. La capacidad de aburrimiento de un niño depende del dominio que haya alcanzado de su lengua. Eso es lo que queremos hacerle sentir al lector.

Desde luego que uno de esos adorables bebés que a lo más que llegan es a decir “babababa” o “abababa” no se aburren nunca. Desde luego que no: un niño de éstos no conoce el aburrimiento, sino el sueño. Y ésta es la

principal característica del aburrimiento: que para tenerlo tiene uno que saberlo. Es imposible estar aburrido y no darse cuenta. Quizás pueda uno disimularlo, hacer cosas para no pensar en lo aburrido que está, coger el coche, poner la tele, llamar a la ex,... pero al final uno acaba confesando y rindiéndose ante la evidencia: está aburrido, más aburrido que una ostra. Intenta hacer cosas, pero nada le apetece, se cansa pronto y vuelve a vagar de un lugar a otro en busca de algo incierto que le libre de aquel estado de horror constante. Y ésta es la otra cara de la moneda: que sólo lo inesperado libra del aburrimiento. Uno tiene que acabar rindiéndose como sea al estado de tedio y dejar de buscar lo inesperado y sólo entonces, milagrosamente, el aburrimiento desaparece. En el preciso instante en que nos habíamos rendido a él, algo inesperado surge, una flor en el desierto, una chispa que llena de luz la oscuridad o de sombras la luz.

Pero es que uno sólo se aburre cuando todo lo que le rodea le resulta demasiado familiar, cuando tiene la sensación de que todo su mundo se lo tiene ya sabido, y esa sensación sólo puede tenerse (y se tiene) en el momento en que uno ha conseguido dominar la gramática de su lengua. Desde ese preciso instante ya nada de lo que suceda en el mundo será insospechado: todo se ajustará a la estructura temporal, modal y aspectual de su idioma, todo se presentará bajo un nombre y un concepto correspondientes. Aquel su mundo mágico de infante que recuerda borrosamente a través de sus lentes gramaticales, aquel paraíso de indefinición, posibilidad infinita y sentimiento salvaje, ha quedado mortificado por el idioma que lo haya sometido a sus categorías. Desde ese momento, el mundo ha de aparecer como algo necesariamente aburrido y el niño dirá entonces “me aburro” en primera persona singular del presente de indicativo y será ya una persona, un adulto entre los adultos.

D. PASCUAL

DE LA PÉRDIDA DEL JUICIO (I)

Hamlet

¿Qué es lo que pasa con Hamlet...? No parece resuelto a consumir la venganza a que le abocan los lazos de sangre, esto es, no se ve al hijo decidido a ajusticiar al tío por haber seducido a la madre y asesinado al padre, de quien él hubiera debido legítimamente heredar. Sin embargo, tampoco podemos imputarle indiferencia, por cuanto es precisamente la revelación de la trama lo que le ha hecho sentir una ofensa irreparable. ¿Son entonces sus compromisos de hombre público los que le impiden desentenderse del orden de los sucesos? Pero si de lo que se trataba era de terminar rigiendo de derecho, ya los lazos abstractos instaurados por el propio relato aseguraban por sí solos la sucesión: no era imprescindible que el Príncipe actuara contra ese Rey que, atrayéndose el favor de la Reina y deponiendo al anterior Rey, ocupa ahora el trono. Mas Hamlet, decíamos, no se inhibe de influir en la composición de los acontecimientos. No se advierten en él, pues, huellas de altas pasiones que inciten a urgentes reacciones, ni tampoco rastro alguno de bajos instintos que aconsejen una ciega y sorda dejadez. Por ello mismo, no encontramos en Hamlet, a su vez, ni la idealista y revolucionaria razón del fuerte, ni la pragmática y resignada razón del débil. Entonces, ¿qué es lo que hace? Propiamente, nada (nothing but to show you how a king may go a progress through the guts of a beggar). Lejos de colaborar con la urdimbre de su historia, parece jugar a destrozarla aun a espaldas de sí mismo: sustrayéndose al influjo de Erinias y Moiras, desdramatizando sus gestos y parlamentos, Hamlet le ha negado a la Historia el medio con el que ejecutar su sentencia, quedándose ésta por ello sin protagonista, sin héroe ni villano que valga. Lo que en tal caso le pasa, está claro, es que ha perdido el juicio. No en el sentido de que haya enloquecido, ni en el de que se haya sometido a la ley que le condenaba a Ser o No Ser, sino en el de que ha dado por perdido el Juicio mismo. Y en consonancia con ello está la estrategia de su deshechura, la cual pasa por oponer a los mecanismos privados del ejercicio del poder la publicidad de la representación teatral, donde literalmente aparece la comisión del delito, convirtiéndose así la obra dentro de la obra no en mero contrapunto, sino en proyección formal de la obra matriz:

como que aquello contra lo que Hamlet se revuelve es la ocultación del rodeo mismo por los lodos de la villanía y el No Ser que sostiene al héroe en las altas cumbres del Ser. “Para alcanzar el cetro, mi tío asesinó a mi padre. Para ocupar el trono, habría yo de ajustar cuentas con mi tío, o asentir sin más a su crimen. ¿Quién habrá de acabar conmigo para hacerse con el poder? ¿Contra quién cometería mi padre las correspondientes iniquidades? ¿Y por qué no llamar, en fin, Reino a tal cúmulo de maldades?”. Algo así escucharíamos susurrar a Hamlet si nos dejara compartir con él un pedazo de su muerte, su noche, su sueño. Ahora se comprende, por lo demás, la perfección de la maquinaria puesta ahí por obra: ni podía el asesinato presentarse más que bajo la forma de un fratricidio, ni podía Hamlet ser otro que el Príncipe. ¿Habremos de alabar en consecuencia la pericia técnica del autor para acometer tal y tan precioso ensamblaje de piezas descabaladas? Sólo hasta cierto punto: dado que no había otra manera de contar lo contado, la forma es aquí inseparable del contenido, y no puede por tanto decirse que Hamlet sea una mera herramienta de Shakespeare. Es más bien aquél quien inspira a éste. Entonces Hamlet, finalmente..., ¿qué es Hamlet? Una máscara tirada entre los bastidores, tal vez.

E.ISIDORO

DE LA PÉRDIDA DEL JUICIO (II)

Sócrates

Aquella tragedia cuyo personaje central, rechazando su propio carácter y desen-tendiéndose de sí mismo, deviniera en un no-personaje tal que ni sufriera como un héroe ni fuera condenado por su villanía, habría dejado por ello mismo de ser una pura trage-dia: haciéndose el tonto con respecto al destino que la historia le deparaba, tal contra-protagonista no sólo figuraría en ella como una suerte de histrión de sí mismo, sino que, negándole a ésta el hilo de la voluntad con el que ensartar debidamente las cuentas de las hazañas y los infortunios, dejaría a su vez al azar el lugar del des-enca-denante del ritmo de la obra, en la cual los acontecimientos vendrían así a sucederse de manera for-zosamente cómica. Tal contaminación de la tragedia por la comedia encuentra en la ironía no una especie de género dramático mixto, sino el único recurso viable que le queda al contraprotagonista para interactuar y dialogar con los otros personajes que, satisfechos aún con sus papeles, siguen cuadrando en la escena y contando para la histo-ria. Pero ha de distinguirse esa ironía que brota de los márgenes de la representación de cualquier otra que pudiera proferirse en su interior: lo que Hamlet hace, por ejemplo, cuando más olvidado anda de sí mismo, no es, sin más, dar a entender algo al soslayo y por el través de las significaciones literales; lo que hace, más hondamente, es revelar el soslayo mismo que, hurtándose tras ella, subyace en toda pretensión de significación.

Hasta qué punto también Sócrates, ese otro gran ironista reconocido, ha perdido el juicio se hace evidente con sólo atender a la exposición de la que, según él, ha sido la primera causa de su procesamiento al margen de la acusación formal: ir por ahí razo-nándole a cada cual que nada significativo hay que los hombres sepan o puedan saber. No es que Sócrates haya perdido este juicio concreto al que Atenas creía someterlo, sino que ya de antemano había dado él por perdido el Juicio mismo: de ahí que no se emplee en la defensa de su propia inocencia ni asuma tampoco culpa ninguna. Mas, ¿a qué vie-ne entonces la broma de reclamar una especie de pensión vitalicia con cargo a los fon-dos públicos? Percíbese ahora la seriedad del juego: pues, ¿qué otra cosa merecería quien nunca persiguiera su bien privado? Lejos de ser gratuita, la ironía

es aquí la forma que necesariamente adopta la expresión del particular encubrimiento manifestado, a saber, el de la vuelta y revuelta de lo expresamente asumido por los interlocutores a través de los tácitos abismos de lo para ellos intolerable, eterna doblez desplegada en dos sentidos tan inversos como complementarios: 1) voluntariamente -convencido de que hace lo que quiere- hace el bien quien, movido por la misma voluntad pero ya forzadamente -obligándose a hacer lo que de entrada no quería y haciéndolo así por deber-, se pone también a cometer maldades; y 2) sin ninguna intención aparente -creyendo que sabe lo que hace- obra el mal quien, con igual inocencia -por puro azar-, obra el bien. Eso de que nadie hace el mal a sabiendas y de que sólo el bueno es capaz de come-ter maldades (eso de que el mismo es el bueno y el malo) no es, por tanto, una ironía que musite por debajo de sí misma una verdad latente por descifrar, sino que es la directa delación del carácter esencialmente indirecto de la maniobra mediante la que el bello y buen ciudadano con el que en cada ocasión se hable logra sus propósitos: creyendo éste que sabe lo que hace, cree por lo mismo que hace lo que quiere, esto es, su propio bien particular, cuando todo lo que en definitiva logra es colaborar en la maldad general, de la que el falaz ajusticiamiento de Sócrates, por cierto, no es más que un caso singular.

E.ISIDORO

EL SÍNDROME DEL ESTAFADO

Hasta los catorce o quince, llevé agarrado a los tobillos ese lastre de culpabilidad y modestia que dan los colegios de monjas. Eso y una orla donde apenas se distingue una dentro de esa tribu de chicas idénticas en sus uniformes azul marino. Proyectos de mujeres católicas y abnegadas para los sueños cercanos y agnósticas resentidas a largo plazo. Con las faldas tableadas remontando los gemelos y el cabello largo oscuro tocado con una diadema dentada de color blanco. Novicias en miniatura. Tardé diez años más después de haber dejado el colegio en desprenderme de muchas ideas que las monjas entienden como bendiciones, cuentan como leyes e inoculan como amenazas.

Demasiadas patrañas que mantuve mucho tiempo sin atreverme a cuestionar. Y aun así, nunca me he lamentado de haberlas creído, porque como buena infeliz que perdió la seguridad en todo cuando perdió la fe, siempre pensé que por haber sido aquella niña soy ahora mejor persona.

El domingo a las doce, después de salir del confesionario, era el único día de tu vida que corrías a la cocina y con una de esas sonrisas llenas de dientes de leche le decías a tu madre: “¿Pongo la mesa, mamá?”. Y esa voccecita de roedor descendía aún dos escalas más en el registro tonal hasta igualar el timbre que habían de tener los mártires de Herodes. Era el único día que comías casi todo, que no había quejas ni caprichos, que entrabas en el pijama antes de tiempo, y el transcurso de la jornada se convertía en una gincana donde tras cada esquina y dentro de todos los cajones desestimabas una vez más las posibilidades de pecar. Y llegaba la noche y rezabas con gusto (tantas otras veces era con desidia y arrastrando los bostezos), y porque eras un niño y el sarcasmo no estaba al alcance, pero podrías haber chillado: “¡Mátame, Dios, mátame ahora! Que tengo el alma más blanca que las plumas de un arcángel”.

Viví del miedo, no lo niego. Viví un año entero pidiéndole a Dios que no me llamase para ser monja después de que la madre nos dijera que era él quien escogía a sus discípulas. ¿Y qué más iba a pedirme? Si yo ya era el germen de la inocencia atada a mis tres Salves nocturnas...

Una noche recé llorando y se curó, y el coche de mi padre no nos dio ningún disgusto porque mis oraciones avalaban nuestra supervivencia. Todo estaba zanjado tras persignarme, al menos mi parte del trabajo. Y nunca desconfié de que Dios no cumpliera con eficiencia su parte del trato. Sólo Él sabía por qué en otras partes del mundo las cosas estaban hechas un asco.

HE DICHO

Nombrarse no es lo mismo que ser, si antes no se es para nombrarse. No fue primero el verbo y luego la identidad de las cosas. Fueron las cosas y luego buscamos palabras para denominarlas. Digo esto con el rigor de un conocimiento insuficiente, pero fue lo primero que pensé al escuchar a Rafael Amargo, tras su fracaso en la organización de la Gala de la Reina de Carnavales en Tenerife – durante mi estancia en Canarias este hecho anecdótico se convirtió en un problema de Estado - decir que él era un artista y que si alguien no había disfrutado con su espectáculo era debido a que no “entendía la poesía”. Como él, millones de artistas se nombran y renombran sin pedir permiso al Arte.

Hoy día es suficiente predicar para ser aquello que se predica, aunque finalmente tan sólo se sea eso, un predicador. Ser artista es tan sencillo como creérselo y verbalizarlo. Para ser escritor, listo, cantante, sabio basta con ponerlo en el currículum. Para ser delincuente no hace falta una sentencia condenatoria. En política, todos son mentirosos, sólo porque lo dice el líder del partido contrario. Cuando morimos, del último al primero, somos buenas personas, a pesar de que hayamos mordido en vida. Querer es lo mismo que amar. Gritar que callar.

Las palabras se han convertido en piezas falsas de una realidad relativa, sin que importe indagar en lo que realmente somos, sentimos y hacemos, aunque sea la conjunción de todas esas predicaciones, a veces contradictorias. Construimos con términos que no sabemos utilizar, no conocemos, y no pensamos antes de emitirlos y darles vida. Así vamos dando identidad a lo que nos rodea. ¿Dónde ha quedado la observación, el análisis, la búsqueda de la definición, aunque ésta sea inalcanzable? ¿Dónde la exigencia de la demostración? ¿Cuándo cuestionamos?

Y nada tiene que ver romper con Él con dejar de ser piadoso ni educado. Cuando un día ya te levantas y sabes que toda la miseria de más allá de tu alféizar puede entrar, porque no hay barrera divina en torno a ti que te vacune el futuro. Y hace siglos que lo sabes, pero no tenías coraje: “Ya basta, no estás, porque cuanto más busqué menos he hallado”. Y he aquí el desenlace de los que creímos tan hondo a los ocho años que ahora apenas podemos creer en nosotros mismos, porque delegar la responsabilidad a estas alturas en un ser tan caduco y tan voluble es como que a un granjero le pidiesen que dirigiese Microsoft. Y habrá algún siglo que se estrene sin abetos ni Reyes Magos y se estrenarán hordas de niños que crecerán más confiados porque no les abrieron la vía para creer en nada invisible. Ya empezó. No hace tanto. La generación de los escépticos. Si tuviese que dar un nombre a la época venidera, sería ese, por mucho que la fe sólo haya cambiado de contratante buscando el recurso y el alivio en el progreso o en la ciencia. Cuando esto pase, cuando muera el último que sufrió los mayos de un colegio franciscano, el último que a los nueve años durmió con una estampa de la Inmaculada entre las manos, el último que pidió a Dios que redimiere a su cocker spaniel, la verdad, me pregunto a qué alevosa esperanza se van a agarrar para poder culparla de adultos.

Tuve miedo y me engañaron, pero seguí siendo piadosa. Fui timada, no lo niego. Y después no sentí culpa por desnudarme en camas donde no rezan, ni por ser una soberbia mentirosa en Infoempleo, ni por hallar tan amenos los rumores dañinos. De todo eso me curé, porque casi todos los que creímos tanto terminamos recortando esa moral a nuestra talla. Y quince años después de aquellas tardes en la capilla con olor a agua bendita (tenía olor con ocho años, lo prometo) y de encender velas a los pies de un santo, salieron benditos y cabrones hacia todas direcciones. No garantiza adultos solventes y no voy a conceder el privilegio.

Pero nada me va a salvar de que nunca más habrá una época en la que me acueste y me arroje y crea que todo estará bien mañana porque yo lo he suplicado, que quiera ser competente sólo por deferencia a un ser supremo, que crea que las desgracias se me recompensarán con creces y que sea yo de los que hereden la Tierra. No hay valiums en el mundo para igualar esa calma. Y es de ingenuos y ya no lo creo, pero no puedo evitar deseárselo. Sigo esperando que alguien, Stephen Hawking, me dé la coordenada exacta en la que un Dios ocioso sabe todos los motivos de por qué nos engañaron y encontramos la traición tan placentera.

C.ARAÚJO

Heidegger en su Carta sobre Humanismo, se refiere al lenguaje como “la casa del ser. En su morada habita el hombre. Los pensadores y poetas son los guardianes de esa morada. Su guarda consiste en llevar a cabo la manifestación del ser, en la medida en la que, mediante su decir, ellos la llevan al lenguaje y allí lo custodian”.

Los guardianes de lo que ahora somos se reproducen en los medios de comunicación – en los que me incluyo – que nos envían información como si fuera conocimiento y a su vez son los altavoces de más guardianes interesados en crear mundos.

La información ilimitada e indiscriminada que nos anega ni siquiera sirve para construir un saber enciclopédico, porque es efímera y tiene fecha de caducidad en el aquí y ahora. Si no pasa a ser conocimiento, mañana es vacío. Los datos, la abundancia de datos aleatorios, son el opio de nuestra ilustración. Se derrumba con el exceso. Ya no existen los sabios, si alguna vez existieron.

Ahora proliferan los lorocutores, sabelotodos, que profieren instantáneas de la actualidad como dogmas de fe. Cambian el sustantivo por el adjetivo, y hacen de la realidad lo que ellos quieren. Lo que les interesa. Ya no es importante conocer, argumentar, convencer. Basta con señalar con el dedo. Y en medio del desconocimiento valoran, espetan, escupen, y construyen realidades.

Es este mi caso que hablo de un mundo que desconozco. Sin embargo el lenguaje tiene que estar al servicio de lo que somos y yo soy ahora este pensamiento que expongo. De esto nos servimos para entendernos, pero a veces pareciera que nos es-

tamos engañando.

Y todo esto en realidad para preguntar: ¿si el arte es unidireccional o necesita de receptores que lo califiquen como tal? ¿Existe el arte inacabado?

L.FERNÁNDEZ



CONVERSACIONES CON UN ESCRITOR JOVEN

Ignacio Pajón Leyra cursa actualmente estudios de doctorado en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense, al cruzarnos con él por el pasillo no notamos nada especial, es un estudiante más, no lleva gafas multicolores ni corbatas estampadas, pero a sus escasos 27 años ha publicado ya tres libros [‘Fenomenología de la incertidumbre’ (Madrid, 2002), ‘El muérdago’ (Madrid, 2002) y ‘Cualquier lugar, cualquier día’ (Madrid, 2006)], el último de los cuales ha sido recientemente traducido y publicado en EEUU, y es asesor literario de una editorial de reciente formación. Este verano estuvimos conversando con él sobre sus experiencias literarias y en el mundo editorial; las hacemos públicas en este número con el ánimo de que sirvan de estímulo a tantos estudiantes que empiezan a sentir la vocación literaria, pero que no encuentran la manera de desarrollarla. Esto es lo que nos decía:



esas clases comprendí que la literatura tiene que servir para inquietar, para mover al lector a pensar y a replantearse lo que da por asumido. Y que la historia, la lógica o hasta las matemáticas pueden servir de base para un buen argumento.

P: El teatro ocupa una parte muy importante en tu producción literaria, ¿cómo puede entenderse el teatro en una sociedad tan mediaticizada como la nuestra? ¿Tiene aún lugar?

R: Yo espero que lo tenga, y estoy convencido de que lo tiene, pero es cierto que cada día resulta más difícil estar convencido. Necesitamos el teatro porque es una manifestación cultural capaz de ejercer de espejo. Muestra a la sociedad lo que la sociedad es. El escenario es el lugar perfecto para la crítica, porque en él se establece una relación espectáculo-espectador más inmediata y más íntima que, por ejemplo, en el cine o en la televisión. Lo difícil es pensar en soluciones que permitan recuperar ese vínculo con el público que últimamente parece que se hubiera perdido.

P: ¿Qué crees que define tu vocación de escritor?

Pregunta: Háblanos del comienzo, ¿cuándo empezaste a tomarte en serio esto de escribir?

Respuesta: Pues lo cierto es que empecé muy joven. Mi primer artículo lo escribí con dieciséis años, para un pequeño periódico del norte de Galicia, La voz de Ortigueira, en 1997. Y después de ese ya no pude parar. Empecé por ensayos breves y artículos de opinión, y al poco tiempo hice varias tentativas con casi todos los géneros literarios, relatos, cuentos breves, monólogos y pequeñas piezas teatrales con los que ir aprendiendo.

P: ¿Cuál ha sido tu experiencia como escritor novel? ¿Está abierto el mercado editorial a escritores con talento, pero sin currículum?

R: No, ni muchísimo menos. Por desgracia hoy el mercado editorial es solamente eso: un mercado. Los libros se conciben como una mercancía más, y los autores han pasado a ser una marca. Así que la calidad y el talento casi nunca son lo más importante. Por desgracia parece que lo único que importa es el nombre, porque garantiza al editor la rentabilidad del libro. Las apuestas arriesgadas por gente desconocida son muy raras. Yo tuve mucha suerte en ese aspecto, porque con sólo 21 años di con una editorial, la editorial Fundamentos, que apostó por mí con mucha convicción cuando acababa de escribir una obra de teatro titulada El muérdago. Pero es una editorial atípica. Aprovecho para agradecerles desde aquí lo mucho que me han ayudado.

P: Te licenciaste en Filosofía por la Universidad Complutense en 2003 y estás actualmente preparando la presentación de tu tesis doctoral, ¿qué papel ha tenido tu paso por las aulas en tu formación como escritor?

R: Probablemente haya sido uno de los factores más determinantes. En la universidad conviví durante años con mucha gente, profesores, compañeros, amigos, que se tomaron la molestia de leer mis primeros textos y aconsejarme. Y también me encontré en las clases de filosofía con muchísimos temas interesantes y sugerentes sobre los que escribir. Gracias a

R: No sabría decirlo. No es algo que me haya planteado. Empezar a escribir fue una especie de necesidad irresistible. Si dijera que escribo para cambiar las cosas o para mejorar el mundo, quedaría muy bien en esta entrevista, pero mentiría. Escribo porque necesito hacerlo, porque es la única forma en que soy feliz.

P: ¿Para qué se escribe hoy? ¿Tiene sentido seguir escribiendo y publicando entre esta mar de publicaciones que hace tan difícil llegar al lector?

R: ¡Desde luego! No hace falta ser un superventas para que merezca la pena escribir. Cada lector vale por sí mismo y merece todo el esfuerzo. A todos los autores les gusta llegar a un público lo más amplio posible, pero en el fondo eso no está en manos del escritor. La publicidad, por ejemplo, puede servir para que un libro se venda mucho, pero eso no le añade nada al libro. Es un factor externo cada día más complicado y mercantilizado. Ese no puede ser el factor que le de sentido a la escritura. El sentido tiene que estar en los lectores, con independencia de que sean cuatro o cuatro millones. De hecho sólo con serle útil a una persona, con que un lector me diga que un libro mío le ha interesado o le ha gustado, ya me siento satisfecho con mi escrito.

P: Hay muchos estudiantes que escriben, pero que nunca han hecho el intento de publicar, ¿qué les dirías?

R: Si realmente les gusta escribir les recomendaría que tratasen de dar al público sus textos. No es que este mundo sea fácil, y a menudo van a encontrar puertas cerradas. Pero hay revistas que les recibirán con los brazos abiertos. Internet también se ha convertido en un medio estupendo para la difusión de la literatura y todavía quedan algunas editoriales dispuestas a hacer algo diferente de lo que hacen todas. Yo colaboro desde hace un tiempo con una, Ediciones Antígona, que me consta que siempre está buscando nuevos autores. Pero más que ninguna otra cosa les recomendaría que no se dejen desanimar.

ROAD TO CC

Un relato de M^a Piedad GARCÍA-MURGA

*Two roads diverged in a wood, and I—
I took the one less traveled by,
And that has made all the difference.*

Robert Frost



Ese retroceso fue como tirar la piedra y esconder la mano. Pero no tenía otro método para fingir lo más dignamente posible, que se movía, mientras permanecía cada vez más encallada. Y no sabía, tampoco, ni si sentía algún tipo de necesidad. Se estaba bien ovillada aunque luego se entumezca hasta el hueso del talón.

Apenas casi sale la voz desde el cuerpo para pedir el billete de auto-res. Y *eso ha marcado toda la diferencia*. Siglos atrás, habría permanecido por sí, en algún remoto pero ansiado caso, les daba por llamar. La agenda estaba siempre en blanco por si querían darle una limosna.

¿Qué más da que ahora tampoco haya tinta en las páginas...? Al menos no esperan tumbadas. Y que quiera sin razón tampoco me hace quedarme sin sentido.

No tengo fuerza en los párpados, y me cuesta arrastrar los pies sobre esta tierra. No he abandonado la estación, aunque ya tengo el billete. No he marchado porque necesito ir al baño. Y después no necesitaba más. Pero me senté y contemplé a todos los desdichados viajeros. O a los que aguardan... lamentablemente, un cambio espacial que les aproxime al cambio de metáfora. Y me he quedado clavada, como unos ojos dolidos, en medio de la sala que, a través de sus cristales, observa cansada las dársenas arrasadas. Aún ha sobrado tiempo, y sin saber como lo logré, abandoné la familiar escena de mis encuentros y mis esperanzas. Nunca importa. Mañana te visitaré de nuevo. Espero no haber perdido la vista del todo. No queriendo ver más mundo ni más rostros. Las calles, todas, cuesta arriba, se me adhieren y se cuelgan de los muslos y cuesta un sacrificio elevar el peso de mis piernas.

Pero lo que más duele son la córnea y los párpados y las miradas que no son devueltas. Como cuando te giras para despedirte con la más brutal y arriesgada de las sonrisas y entonces... No hay ya un atisbo del brillo del cabello, ni de los iris con tanta prisa que quedaron sin besar las comisuras de la mueca de sandía, abierta de par en par. Pues esa ceguera necia es la que duele, no la de verdad.

O como cuando tenías que darte la vuelta porque a tus espaldas la chica caía herida de muerte al abismo de tu indiferente y soberbio orgullo. Y como cuando se iba muriendo y después nunca entendiste porqué no te diste la vuelta, porque eso era lo que querías, y porque en ninguna otra parte eras demasiado imprescindible.

No me sentía precisamente despierta o consciente. Me movía dificultosa como llevando unos nubarrones por corona. Nubarrones de humedad lacrimógena de la que dentellea por los huesos con reuma. Descubrí un inflamado y amoratado hematoma en mi pierna cuyo origen aún no alcanzo a recordar... pero ya lo he dicho, las cuencas oculares duelen con más ur-

gencia, golpeadas o no, húmedas o sombrías. Hastiadas hasta la arcada de no ver jamás lo que estás tapando, estorbando, poniéndote en medio y, no, no eres transparente, cariño. Más bien miserablemente opaco y algo ambiguo.

No quieren darse cuenta de que me incomoda su curiosidad. Añoño el ovillo. Cuando apenas reúno las fuerzas para trasladarme y caminar, encima, tengo que soportar que me observen así de vulnerable. Me parece una falta de consideración, nada peor que los entrometidos. Sin embargo, posible es no mirar, volverse invisible, tampoco tanto.

Nunca se me hizo tan largo el trayecto. No es una distancia verdaderamente importante, es sólo que parece que el tiempo se resbala sigiloso y grasiento, como si ahora el tic-tac lo marcara con mis pasos, y tal y como tiro la piedra, muchos de los pasos que doy son hacia atrás, y los devuelvo.

Y lo más increíble de todo es que he llegado antes de tiempo. ¡Vaya por dios! No era aún el momento. Resulta apabullante que mi noción temporal sea tan errática.

Pero ¿Qué digo? En absoluto. Para mí ha costado una eternidad llegar hasta este punto. Eso no pueden entenderlo y dicen que entro temprano. ¡Ah! ¿Se refieren al tiempo de todo el mundo?

“Disculpe, ¿Qué hora tiene?”

....

“Vaya, es que yo tengo otra, porque no uso reloj, ¿Sabe? Bueno, muchas gracias de todos modos.”

He tratado de investigarlo, sin resultados del todo relevantes. Todos tienen más o menos la misma cantidad exacta, unas cifras, de tiempo. Debo ser una excepción en toda regla.

Me refiero al minuto que te dicen que es auténtico, porque en todos los relojes distribuidos a lo largo y ancho de los confines de la tierra, hay un demiurgo que coordina y juguetea con el tiempo de las gentes.

A qué hora puedes amar, a qué horas no hacer el amor porque resulta indigesto, a qué hora marcharte sin avisar, a qué hora estrellarte contra el muro invisible que fingías no estar imponiendo entre nuestros cuerpos, a qué hora esconder el corazón y sacar el hocico de perro...

Y se atreven a decir que he llegado pronto. Y que se tarda francamente muy pocos minutos en llegar desde donde yo vengo. ¿Y si no estuviéramos de acuerdo? Sé que he llegado cuando había de hacerlo. Y que este es el más preciso instante. Ahora es siempre el mejor momento.

“Cada día estás más guapa”.

Y esta conjunción de segundos es un encantamiento alquímico que se vuelve afortunadamente eterno.

¿Y aún dirán -lo saben todo- que no he llegado... justo a tiempo?

MUERTE AL AMANECER

Un relato de Martha RINCÓN

A mí no me pareció tan raro, seguro que cualquier otra persona también habría sentido curiosidad. Pero no, él no, él no podía comprenderlo, dejó que su resentimiento me llegara a través del espejo. Yo, sentada en el borde de la cama y él de espaldas a mí, mirándome por el espejo.

Reconozco que debe ser doloroso pero tampoco creo que se trate de una molestia insoportable. Además, un poco de dolor ayuda a apreciar mejor los momentos buenos de la vida. ¿No se supone que es así? En el contraste está la esencia de todo.

Dicen que el amoniaco hace milagros. Mojó bien un trozo de algodón en lejía, pero lo de acercarme y ayudar, no quiso ni escucharlo. Dejé el algodón y la botella de lejía junto a sus pies, me puse las sandalias y me fui.

La ciudad olía a agua estancada y en los canales estrechos podía sentirse el vapor fétido y verdoso subiendo por las paredes porosas y agrietadas. No hay nadie en estas casas, aquí nunca vive nadie, todos están de paso. No existe nada más decadente ni más atractivo, supongo que la decadencia tiene su belleza. Para mí no existe otra ciudad como Venecia. Es verdad que en verano sus calles se llenan de planos turísticos y cámaras desechables. De repente, Venecia se convierte en la Torre de Babel. Millones de sandalias con calcetines blancos desacralizan el aura sagrada y todas las parejas del Arca de Noé deciden, aquí y ahora, apearse del arca y viajar en góndola. Es igual, todos los esfuerzos son vanos, por mucho que se haga no se puede matar el alma de esta ciudad.

Los cafés de la plaza San Marcos estaban llenos de parejas enamoradas. Gente contenta que tomaba algo al fresquito del aire acondicionado y hablaba serenamente. Gente civilizada, gente inteligente que sabe aprovechar la magia. No como nosotros. Yo, andando sola y él, también solo en una habitación de hotel, ungiendo con lejía su cuerpo acibillado... Candeggina, ya sólo por conseguírsela debería haberme perdonado.

Cinco en la espalda..., no me parecen tantas. Claro que por mucha flexibilidad que tenga, no va a llegar, es imposible. ¡Mira que es necio! Como no se eche directamente un chorro de lejía, no sé cómo va a poder curarse las de la espalda él solo.

Todas las profesiones tienen sus riesgos. Hay accidentes inherentes a cada profesión. Después de todo, si no tuviera el oído tan fino, no habría pasado nada. En el fondo todo fue por culpa de su oído. Casi todo el mundo puede dormir con el ruido de un ventilador, es constante, terminas por acostumbrarte, yo me acostumbré. Pero no, el señor violinista no podía dormir. Tuvimos que apagar el ventilador porque el ruido le molestaba... También es verdad que si su oído fuera un poco más fino, sería primer violín y entonces habríamos estado en un hotel mejor. No digo uno frente al Gran Canal, pero por lo menos uno en un canal más ancho. Él dice que no tiene nada que ver, pero yo estoy convencida de que los canales cuanto más pequeños más infestados. Y es aquí donde me llega la prueba de diplomacia; no creo que este sea el momento más adecuado para mencionar el tema del primer violín, no están los ánimos ahora mismo para ningún tipo de comentario.

Yo a Venecia habría preferido venir en invierno, siempre lo he dicho. Es mucho más romántico. Con la lluvia y la niebla, y el ruido de las alas de las palomas haciendo eco en los espacios vacíos de gente, los canales dormidos, los fantasmas paseando tranquilos sin que nadie los fotografíe... ¿Y qué dijo él? No, no, y no. El festival que le interesa es el de verano, teníamos que estar en Venecia en verano. Pues ya está, si vienes a Venecia en verano, asume los riesgos.

Nunca lo hablamos, nunca me dijo "si ocurre tal, tú tienes que hacer cuál." No entiendo por qué se ha enfadado. Además, hace mucho tiempo que me conoce, de sobra sabe que a mí me vence la curiosidad, tengo alma científica, ¡qué le voy a hacer! No permití que le tocara la cara, a mí me parece que debería tener en cuenta que su cara está intacta. En el brazo derecho sólo tiene cuatro, y solo una en cada planta del pie. Vale, de acuerdo, esas pueden ser un poco más incómodas, pero ¿no podría ignorar la incomodidad? Podríamos ser como el resto de parejas y sentirnos privilegiados por estar juntos en Venecia. Aquí el artista es él, se supone que debería tener sensibilidad para darse cuenta de estas cosas.

Ya he hecho mi examen de conciencia, tal y como me lo ha pedido, pero no me siento culpable. Veamos; él apagó el ventilador y abrió la ventana, ¿no? ¿Quién tenía calor?, ¿yo?

Diga lo que diga, no me lo creo. ¿Cómo puede ser posible que el ruido de un ventilador no lo deje dormir y, en cambio, lo que me despertó a mí, a él no lo despertara? Lo oí primero por la derecha, luego noté perfectamente cómo volaba por encima de mi cabeza hacia la izquierda, después el zumbido paró. Fue entonces cuando abrí los ojos. Estaba amaneciendo y una luz violeta y naranja inundaba la habitación... También podría no haberle dicho nada, entonces no se habría enfadado. Esto me pasa por contárselo todo.

Cuando abrí los ojos, lo vi, pequeñito, indefenso, con esa fealdad que no puede evitar. La cabeza desproporcionadamente pequeña para el resto de su cuerpo y ese aire patoso que no se corresponde en absoluto con la agilidad de sus movimientos. Un silencio profundo, el mosquito había detenido su vuelo en el brazo derecho de Daniel. He de decir que yo estaba en una posición privilegiada. Fue como en los documentales, pude ver cómo clavaba el pico para chupar la sangre. Un mosquito vacunando a un violinista en Venecia al amanecer, ¡era casi lírico! ¿Cómo iba a interrumpir una imagen así? Chupó, voló y aterrizó sobre el mismo brazo, un poquito más abajo, repitiendo la operación exactamente igual que la primera vez. Y otra vez, y otra, y otra, entonces despertó mi curiosidad. Llegué a pensar en levantarme para coger una libreta y apuntar el número de picaduras pero luego me di cuenta de que no hacía falta, podía contarlas tranquilamente por la mañana en el cuerpo de Daniel. Además, si me movía, podía asustar al mosquito... No sabía que también pican en la planta de los pies, creía que esa piel era demasiado dura, pero no, el mosquito no se inmutó, chupó la sangre con igual facilidad en pecho, espalda, brazos y planta del pie.

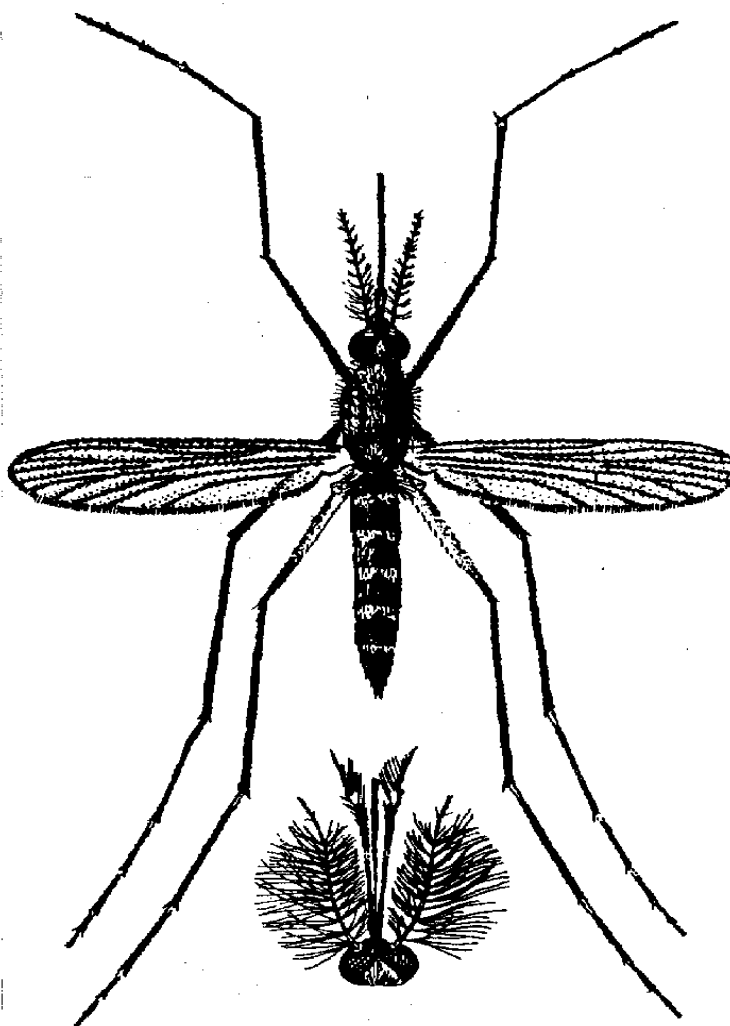
Los mosquitos venecianos prefieren antes a un músico que a un común mortal, eso lo entiendo, no me parece raro. Yo estaba a escasos centímetros, pero sólo quiso sangre de violinista. La capacidad total de un mosquito veneciano es de veinte picaduras, eso, claro está, si nos basamos en el supuesto de que se tratara de un mosquito virgen, es decir, si pensamos que cuando entró por la ventana no le había chupado la sangre a nadie todavía.

Veinte veces solo, ni una más. La vez número veintiuno fue imposible completarla. Me di cuenta de que se acercaba el momento crítico, el mosquito había engordado estirando su piel hasta el punto de volverse transparente y dejar ver dentro la sangre de mi violinista... Que luego digan que los humanos no tenemos medida, que nos pierde el placer, que digan que el instinto animal es sabio.

Me tapé la cara con la sábana y escuché un ruido parecido al que se oye cuando se descorcha una botella de vino; se escuchó mucho más bajito, claro está. Cuando abrí los ojos sólo había una pequeña mancha de sangre en la sábana, llegaría apenas al equivalente de una gota o dos.

Veinte veces, ni una más. En la vez número veintiuno el mosquito reventó. Explotó desapareciendo por completo, no quedó nada de él.

Voy a volver al hotel a ver si mi violinista ha conseguido calmar su temperamento a golpes de lejía. No se puede estar enfadado en esta ciudad.



GAME OVER

Un relato de Alejandro ROMERO

C lavo la rodilla en el suelo y paso la yema de los dedos por el asfalto empapado, justamente en el mismo lugar en el que mi compañero ha caído. Me pongo en pie y huelo el líquido espeso que acabo de tocar. No hay duda, es sangre. Dos está acabado. Cualquier hábito de vida que pudiera haber en su interior sin duda se ha esfumado. Esa maldita cosa se ha encargado de ello.

Miro hacia arriba. La luna argéntea ilumina las ruinas de lo que antes era una poderosa capital, ahora reducida a escombros por causa de la interminable guerra. Estoy yo sólo en medio de la nada. En el anterior puesto de mando perdimos a otro de los nuestros, abatido por uno de esos asquerosos seres que nos tienen cercados. Maldita sea.

Sé cuál es la situación. Soy el único que sobrevive para sacar adelante esto y no queda otra. No hay nadie más que pueda ayudarme en mi empresa, a pesar de que antes éramos cuatro. Cuatro contra un millón. Y ahora únicamente uno.

La meta está cercana, detrás de ese descampado. Pero para llegar a ella he de vérmelas con mi destino. Parece mentira. Yo, el más fuerte de mi clan, siempre ignaro en el miedo, ahora, aquí, en la soledad del holocausto, por fin conozco el significado de esa palabra.

Respiro hondo. He de continuar avanzando. Exploro la pistola que mis robustas manos sostienen y que me proporcionaron en Ciudad Alfa, al comenzar la misión. Aún me queda munición, aunque no sé si será suficiente. Esperemos que la lluvia no haya perjudicado el mecanismo del arma.

Doy un paso al frente y abro mis oídos al máximo. No se escucha nada. Solamente el colisionar de las últimas gotas sobre la piedra. Todas las fibras de mi cuerpo están listas para saltar como una leona sobre su presa cuando oiga el más mínimo gruñido. Sigo hacia delante, ocultándome entre los enormes trozos de edificios desprendidos de las alturas a causa de las explosiones. Me parecen túmulos que celan toda esperanza humana. Al fondo, al este, veo lo que parece una iglesia. He de llegar a ella sea como sea. Calculo que desde mi posición hasta la suya puede haber unos quinientos metros. Eso para mí es papilla. Sonrío, porque soy capaz de recorrerlos en menos de diez segundos. El problema es otro y procede de otro planeta.

“Vamos allá”, pienso. Avanzo unos metros y entonces lo escucho. Un gruñido inconfundible que penetra en mi ánimo como un cuchillo en el pan de molde. Me temo que ya están aquí. Trato de esconderme detrás del escombros más cercano que aprecian mis ojos. Agazapado, recargo la pistola de megaprotones y al poco rato asomo medio cuerpo para enfocar bien el tiro. Entonces es cuando los veo a ellos y ellos me ven a mí. Por fortuna nada más que son seis. El más lejano está en la puerta de la iglesia, a mi norte, haciendo guardia. Los otros cinco se encuentran dispersos a lo largo de toda la explanada, aunque entre ellos y yo hay múltiples obstáculos que me impiden apreciar sus movimientos con claridad. Pero aun así tengo ventaja, porque mi intuición es mucho mayor que su furia. El más próximo a mí se encuentra a unos cincuenta metros al oeste. Creo que desde aquí puedo alcanzarle.

Disparo y no fallo. Rápidamente me agacho tras la roca y escucho, escucho atentamente. Del oeste vienen unos chillidos apabullantes que juzgo procedentes del que acabo de matar. Me asomo apenas y veo que los cuatro que quedaban en la explanada corren hacia el lugar en el que ha caído su compañero, que se retuerce de dolor en el suelo y regurgita algo verduzco por la boca. Al principio esta escena me daba asco y no podía frenar las arcadas, pero uno al final se va acostumbrando a todo. Veo cómo mis enemigos se acercan estupefactos, buscando frenéticos algún homínido que devorar, conscientes de que tiene que estar por ahí cerca, sabedores de que ha sido uno de ellos el único que ha podido hacer eso. Pero son bestias idiotas. Pienso que si los flanqueo tal vez pueda alcanzarles con una granada de combak ultraproteica. No sé si funcionará, pero

una cosa es clara: si me quedo en ese sitio es para esperar a la muerte.

Así que me pongo manos a la obra y con un rápido movimiento, casi una centella, salto hacia un lado a la vez que lanzo la granada hacia el contrario, al lugar exacto en el que están los cuatro orgoros observando el cadáver del que acabo de aniquilar. La explosión es brutal. Por suerte, he logrado resguardarme tras lo que antes era una esbelta columnata y apenas he sufrido daños. Sólo unos cuantos cascotes desplazados por la onda expansiva que me han golpeado en el casco y en el pecho. Pero por lo demás, todo ha salido correctamente.

Pasado un instante me pongo de pie. La humareda que ha producido la deflagración es espectacular y apenas puedo distinguir nada a mi alrededor. Noto que hay gotas de sangre en la visera de mi casco, por lo que mojo la mano en un charco del pavimento y me la paso por el cristal para limpiarlo un poco. La densa cortina de humo ya se ha desvanecido casi por completo y compruebo que tras ella no queda resto vivo alguno. Tal y como pensaba, los asquerosos invasores se han desintegrado, fruto del combak que contenía la granada. Al fin podía respirar tranquilo. Al fin podía ganar.

De repente siento como si algo me reventase las entrañas. Suelto un alarido

de dolor que el eco se encarga de transportar hasta el infinito. Me doy la vuelta y allí está, detrás de mí, en todo su esplendor, gruñendo y expeliendo viscosidades por su vomitiva oquedad facial. Ha aparecido por sorpresa, de la nada. Yo no le he visto en ningún momento y por eso me ha cogido desprevenido. Aprecio que estoy sangrando en abundancia por un costado. Tal vez esa cosa me haya clavado su aguijón mientras yo estaba valorando las consecuencias de la explosión. A traición y por la espalda, como suelen actuar ellos. Mierda. La cosa ahora sí que está negra.

Apenas puedo moverme, pero logro ponerme en pie. El vientre me duele sobremanera. Imagino que pronto me reuniré con mis compañeros en el reino de las almas, que pronto volveremos a conversar sobre putas y alcohol, como solíamos hacer cuando podían respirar, mientras viajábamos a bordo del helicóptero que nos trasportó hasta Ciudad Delta. Con un brazo tratando de contener la hemorragia me acerco a la bestia, dispuesto a consumir mi venganza a toda costa. No puedo utilizar la pistola, pues sería tirar munición debido a la cercanía de mi enemigo. Es mejor entrar en el cuerpo a cuerpo. Por eso, acerco el único brazo de que dispongo al cinturón y extraigo el puñal ionizado. Yo ya no soy yo, sino la ira hecha músculo. El dolor, la impotencia y la frustración por el ataque me han convertido en un ministro de Satanás.

Corro hacia él blandiendo el cuchillo, con toda mi alma, pero el condenado bicharraco es escurridizo. Tal vez haya topado con el cabecilla de la tribu, que a diferencia de los demás —por eso es el líder— es inteligente. A pesar de que yo soy un experto con el puñal de iones, él está esquivando mis furiosos golpes, saltando de un lado a otro, asestándome cuando me desguarezco endiablados picotazos que terminan por debilitarme aún más. Es una lucha a tumba abierta en la que nadie es superior.

De pronto, siento mis músculos en tensión. Miro a los ojos al bicho y compruebo cómo su horripilante rostro se retuerce, se retuerce y borbotonea por su protoboca ese líquido que tanta repulsión me causaba. Al rato emana un chillido que hace explotar el aire, tan potente que incluso me obliga a arrugar el rostro, a mí, al hombre impasible ante el miedo y la hecatombe.

Saco el puñal de su pecho y la bestia se desploma. Es tan pesada que al caer siento retumbar el pavimento bajo mis pies, salpicándolo todo de agua, barro y sangre acumulada. Gotas de lluvia motean la visera transparente de mi casco y noto su espaciado repiqueteo sobre mí. No era normal que estuviera tanto tiempo sin llover. Arranco un jirón de tela de la indumentaria de la cosa que yace ante mí y limpio el cuchillo de iones del jugo asqueroso que ha adquirido al penetrar en su cerúlea piel.

He empleado las pocas fuerzas que me quedaban en este último ataque y si no hago algo pronto el juego se habrá terminado. Rezo todo lo que sé para que no aparezca ningún orgoro más en mi camino mientras me desplazo, muy lentamente, hasta los supervivientes soportales del sureste que me protegerán de la lluvia y me permitirán acaso morir en paz. Pero por suerte, mis oraciones dan resultado y allí, bajo el techo de hormigón del an-



El problema es otro y procede de otro planeta.

tiguo casino ya devastado por las llamas, rodeado de luces de neón medio fundidas que parpadean multicolores, encuentro mi salvación en forma de botiquín, semioculto bajo el lodo y la herrumbre oxidada. Lo abro como el niño que abre el regalo más deseado de su vida y mis ojos se iluminan. Tocaba vivir un poco más.

Mientras me inyectaba la salvación por mi vigoroso brazo caí en la cuenta de que cuando las cosas van llegando a sus últimas fases van siendo más complicadas. Nada más me quedaba una presa, pero mientras sentía cómo el líquido de la jeringuilla corría por dentro de mis arterias presentía que iba a ser una de las más duras de cazar de toda mi existencia. Sobre todo si tenía en cuenta que una pistola megaprotónica con el cargador medio vacío no era suficiente para acabar con el vomitivo extraterrestre que me atendía enfrente de la iglesia. Necesitaba algo más dañino, más grande. Algo que me propiciara acabar con él de un solo disparo, de una forma rápida y sencilla. Solamente un poco de sangre y vísceras, y ya está.

Apuro hasta la última gota del bálsamo vivificante y me pongo en marcha. Decido volver al punto en el que me había quedado, a la columnata fatal en la que casi encuentro mi muerte. Cuando llego allí mis ojos perciben en el suelo algo que antes no existía. Me agacho y lo cojo. Donde todos habrían visto un rifle semitrónico de francotirador modelo U756/PPM yo estaba viendo al Mesías salvador. Tenía entre mis manos alta tecnología militar, precisión pura que me había llegado del cielo para traerme la paz. Me quito el casco y dejo que la lluvia alma me invada. El cazador y la muerte están preparados. Sólo falta la presa.

Me pongo de rodillas y agarro el rifle, casi acariciándolo, como se puede acariciar a una mujer recién besada. Las mórbidas gotas de lluvia machacan mi cabeza, me empapan de vida y esperanza. Lo pongo sobre mi hombro, cierro un ojo y coloco el otro delante de la mirilla. Allí está mi objetivo, paciente delante de la iglesia. Ahora puedo verlo más de cerca, más nítidamente. No sabe que tiene los minutos contados.

Transmutado en concentración, sitúo la cruz de la mirilla en la cabeza de mi enemigo. Cada cosa que me rodea desaparece. Ya sólo existe para mí esa crucecita roja que me va a conducir al paraíso y que domeño como si de una dócil mascota se tratase. Lleno mi pecho de aire y contengo la respiración, porque la más mínima desviación, el más leve movimiento, podría suponer el fracaso. Cuando compruebo que todo está listo aprieto el gatillo y disparo, con la luna llena que ahora asoma tras las nubes como único fanal. Suena un trueno a lo lejos. Tampoco fallo.

A través del círculo de cristal aprecio cómo la cabeza de mi objetivo desaparece, convertida en cien pedazos sanguinolentos que se desperdigán por doquier. Al cuerpo que estaba debajo de ella aún le queda un poco de calor y por eso da dos pasos al frente y cae a plomo, precipitándose por las escaleras hasta chocar con el pavimento empapado. Por fin. He llevado a término la misión que se me había encomendado. Pero estoy extenuado y la saliva es algo desconocido para mi lengua. Necesito beber, beber y descansar. Y aguja e hilo en el costado, deshecho por la laceración. Por eso debo llegar hasta el punto de reunión al otro lado de la iglesia, concertado hacía ya muchas horas con mis superiores, allá en Ciudad Beta. Si lo hago, estaré a salvo y todo habrá acabado por hoy.

Echo a correr hacia allí sin reparar en nada, ciego ante la esperanza de salvación, con la lluvia, las nubes y los relámpagos como únicos testigos de mi agonía amarga y dolorosa. Atravieso a saltos los despojos que se interponen en mi camino, entre los que se ocultan botiquines con jeringuillas que me van reinsuflando, poco a poco, la vida. Cuando llego a la escalinata veo yaciente en el suelo el cuerpo decapitado que acababa de crear. Un destello de luz entonces lo ilumina todo y me permite apreciar por un instante la pose grotesca de ese cadáver inmundado. Clavo la rodilla en el suelo y paso la yema de los dedos por el asfalto empapado, pero sólo obtengo agua. He de escapar de este chaparrón si no quiero morir de una pulmonía.

Rodeo la iglesia y lo veo, allí arriba, a lo lejos en el negro cielo, a través del espeso telón de agua, en un pequeño claro que se han dignado a dejar las nubes. Es sólo una lucecita en medio del infinito, una luciérnaga dentro de la cueva más inmensa del mundo, pero dentro de ella está mi salvación. Poco a poco se va acercando a donde estoy y va descendiendo a tierra, haciéndose cada vez más grande, hasta convertirse en un helicóptero cuyo estruendo sincopado se confunde con el de los relámpagos del cielo.

“Ciudad Delta despejada, señor. Tenemos paso libre hasta su guarida en

Ciudad Gamma. Dos y Tres han caído, pero el camino del sur es nuestro”, acierto a gritar entre jadeos mientras subo por la escalera de sogas que pende del vehículo, a la que me agarro con todas las fuerzas que me quedan para no escurrirme. “Bien hecho, muchacho. Volvamos a casa, te lo tienes merecido. Mañana rezaremos por Dos y Tres. Ahora arriba”, dice una voz que reconozco, mientras que unos brazos tan fornidos como los míos me lanzan al interior del vehículo. Y así, mientras noto que el helicóptero asciende súbitamente, como un ángel de metal que se dirige al Elíseo, dejo que la sonrisa conquiste mi cara. Había que continuar sobreviviendo.

Entonces Felipín apagó la videoconsola. Su mamá le llamaba para merendar.



LA MARRANA BLANCA

Un microrrelato de Laura HERRERO

La señora Consuelo había llegado de Cuba, tal vez para quedarse en la casa de la plaza con las dos acacias en la puerta, o para marcharse de nuevo de aquel pueblo amarillo con sabor a moscas en verano, sé que con ella había traído una muñeca. La niña nunca había tenido una, ni tampoco su madre, y así, era algo tan especial esa muñeca, que acabó expuesta en un vasar; como buen objeto decorativo, la niña no pudo nunca jugar con ella. La madre quería guardarla para una ocasión especial, aunque ni ella misma sabía qué podía significar en aquel pueblo esperar una ocasión tal. La niña lloró mucho porque no le dejaban coger su muñeca; su único entretenimiento por entonces era una marranita blanca que habían criado en casa. Entre el sonido de las moscas se echaron un día la siesta, la marranita y la niña, que ya no tenía más hermanos en casa, pues habían huido todos de ese lugar de espera. Cuando la niña despertó, la marranita blanca estaba a su lado y en su hocico tenía todavía el vestidito de la muñeca con la que ella nunca jugó.



LOS DAMNIFICADOS DE NEWTON

Un relato de Cristina ARAÚJO

Allí donde las sábanas habían quedado arrugadas, marcando el peso del cuerpo de ella, su ausencia olía a loción corporal de lavanda y a los redones del humo de su tercer cigarrillo. No llevaba fuera de la habitación más que un minuto y desde cada recoveco bajo el cráneo durísimo de Lytton se remontaban susurros sin intención de aterrizar o de posarse, desquiciantes como un insecto, e hipnóticos, como una hebra de ceniza bailoteando sobre los picos de una hoguera. Lytton desestimó cada opción que se ofrecía. El tono de voz de la conciencia tiene un deje remoto de sabelotodo, de ancianidad, como si su lenguaje se hubiese forjado siglos antes que el organismo que habita y, por eso, no suele ser bienvenido en ningún oído. Todo su empeño lo centró el chico en evadirse mirando por la ventana y leyendo los lomos de algunos libros. No hubo tiempo para más, cuando volvió Ingalin.

Él se había sentado de nuevo en la butaca, justo en la misma posición, lo que delataba aun más el hecho de que no había permanecido quieto todo ese tiempo. Ingalin llevaba el pijama blanco de algodón (más blanco que nunca le pareció a Lytton), y el cabello con esa soltura y fineza de los cabellos recién secados.

El de ella era un cabello discreto sin vocación de estrella de cine, capaz de defraudar a todos los rulos y aguas de peinado. Y a pesar de todo, había que ser Ingalin para entrar en cualquier parte con ese aspecto y media magdalena mordisqueada en una mano (migajas de la mitad ausente prendidas en la parte superior de la camiseta y tiznada de azúcar la comisura del labio), y que algo tan antagónico a la inocencia acudiese a la mente de un hombre. Porque la lujuria es un pecado con dos pretextos: el que disculpa al vicio del que la sufre, y el que va hilvanado a la virtud del que la despierta. Y Lytton no era un tipo tan "impuro" como inmaculada la noción de ella; pero todos tenemos desde niños ese impulso de destruir las cosas intactas y perfectas en su esencia: una figura de Ladró, un lienzo inmaculado, una tarta recién desenvuelta.

Inga saltó sobre el colchón para acomodarse rápidamente antes de que se agotase el placer de la magdalena. Era de esas personas que gustan de sumar cuantos más placeres en el mismo minuto.

-Pues eso, ¿dónde estaba? -antes de retomar su historia hizo una breve pausa en la que se dedicó a desprender del envoltorio restos de azúcar -. Ah, sí, que tenían un vino caliente que se bebe con moras amarillas en el fondo, y le da un gusto así como... riquísimo -arrugó la nariz en un mohín efímero -, pero no podremos contar con él hasta después de Navidad.

Mientras hablaba, iba apurando el final del dulce, registrando cada pliegue del papel, y de cuando en cuando alzaba los ojos y lo miraba sin demasiada entrega. Hablaba de algo sobre vino afrutado y tenía las mejillas encendidas como el tinto, y cada cierto tiempo, se apartaba el flequillo de la cara con el dorso de la mano o soltaba hacia la frente un soplido fugaz que se lo retirase de los ojos. Lytton sonrió; nadie más que ella podría hacer eso sin perder la elegancia. Había visto todos los caprichos de cada edad en el cabello de Inga, desde que llevaba trenzas en primaria hasta aquella melenita que se sujetaba detrás de las orejas en octavo, y el flequillo que tanto le molestó estudiando la selectividad hasta que optó por aprisionarlo para siempre con una horquilla. La había atormentado por su acné de los quince y ahora se burlaba de su crema de contorno de ojos cuando por las noches la extendía tan puntillosa, como si los estuviese restaurando de todo cuanto habían visto o evitado mirar. Y mientras su piel se iba volviendo mate y el perímetro de sus caderas se redondeaba hospitalario, él la dejó ir consumiéndose pétalo a pétalo en los noes de cientos de margaritas. Había muchas chicas paliativas en las barras de los bares y en las prácticas de la facultad que no le esperarían a las nueve para un desayuno de besos y arrullos. Todo cuanto se llevaba de ellas eran las sobras de su carmín en el cuello y un rastro de perfume bajo las solapas

del abrigo. Y desinfectarse de eso no era un proceso largo: una ducha sin conciencia, un beso con aliento a ayuno y el crujido de despedida de la alfombra del portal.

Los labios de Inga habían seguido moviéndose, como tantas veces, sordamente, despilfarrando fantasías cuyas expectativas finalizaban en la frontera del alféizar, y siempre, sin hacer parada en los pensamientos de Lytton. Y aunque nunca fue ajena a ello, tampoco aminoró el ritmo de su fe en que alguna tarde, una muy aburrida, él optase por entenderla. Pero el sufrimiento de él ya tenía bastante con mirarla y con conocer de oídas lo maravilloso que era. Con haber sabido, desde enfrente en la mesa, que cuando su pareja la besaba creyendo que nadie los prestaba atención, ella le cogía de la mano durante ocho o nueve segundos; que de toda la anatomía de un chico, la que más le gustaba acariciar era la nuca; y que nunca se dejaba rodear los hombros por una manga de lana porque el roce le irritaba el cuello. Y además de todo eso, y de mucho más, sabía que con todos aquellos defraudó a Cupido, porque ninguno tenía una prestancia digna de la Mesa Redonda, ni las aptitudes sentimentales requeridas para ser descrito por la pluma de Musset. Pero sobre todo, porque ninguno de ellos era un Lytton; y porque Todo, y más que nada los recuerdos y el amor, se revaloriza con los años.

Ingalin cambió el cruce de las piernas y los calcetines friccionaron uno contra el otro. -No hagas ese ruido -dijo Lytton a sólo un paso de la hosquedad -. Me das grima.

Inga detuvo su verborrea un instante y chasqueó la lengua. No podía compararse con esos reproches maniáticos de las madres o los amigos. Lo de Lytton más que quejas eran desprecios.

Había visto todos los caprichos de cada edad en el cabello de Inga.

-¿Te doy grima?

Él agitó la cabeza.

-Los calcetines -dijo seco, y al cabo sonrió y la golpeó con complicidad: -. Inga, vamos...

Ella lo miró sin ninguna cordialidad y se levantó a tirar el envoltorio de la magdalena.

-Venga, sigue con lo que estabas contando.

-¿Qué estaba contando? -soltó con intención. Lytton no lo recordaba. Lo último que recordaba era que había movido la cabeza y el pelo se le había deslizado desde el hombro hasta cubrirle el pecho.

-Lo del vino -dijo entonces.

De espaldas a él Ingalin frunció la boca, pero recompuso su gesto de indiferencia justo antes de volver a girarse para regresar a la cama. Llevaba media hora hablando de un pueblo pesquero en los fiordos y del final de Cantando bajo la lluvia. Porque Inga hablaba tanto de Ficción y de Lejanía. Porque sus antónimos le daban pánico. Sabía muy bien que de cerca y sin guiones, los lugares y las personas siempre pierden. Pero también porque la única vez que habló de la Verdad le devolvieron sus palabras con un traje de bufón. Sin embargo, ella no temía a las heridas; se había quedado adormilada muchas madrugadas pespunteándose las que Lytton le había causado.

Todavía no había vuelto a mirarlo. Una sola ofensa de él solía traerle enganchadas todas las anteriores. Y no eran pocas. Ingalin se había apoyado contra el cabezera y sacó del cajón de la mesilla el plumier en el que guardaba los pinceles.

-Déjame ya, anda, tengo que acabar una acuarela. Pero lejos de marcharse, Lytton se levantó de su asiento y se dejó caer sobre el colchón cerca de ella. Enojado, el rostro de Inga se tensaba y las facciones se le afilaban en un tierno intento de disuadir a quienquiera que pretendiese herir su orgullo. Y no era que Lytton pretendiese hierla, pero por cariño, por frustración, o por ser parte tan recurrente en su cronología, se sentía con derecho a molestarla.

-Eres una afectada, Ingalin.

Ella se encogió de hombros y continuó rebuscando entre las láminas, aun sabiendo que las volvería a guardar en el cajón justo después de que él saliese del dormitorio. Y eso era todo lo que estaba dispuesta a esperar. Porque el Miedo es otra de esas cosas que se revalorizan con los años. Y el orgullo. Y por eso ella

ya no se empeñó más en saciar esa recia devoción por el pasado.

-Vamos, tú, quita esa cara -le arrebató la pila de láminas de las manos.

Ella alzó los ojos hostil.



-Cuidate tú de que no te quite la tuya —y no tuvo tiempo de morderse esa lengua tan presta a batirse a muerte.

Lytton no disimuló el agrado que le provocaban esos arranques. Sobre todo, porque todo ese sucedáneo de furia que inicialmente se condensaba en los ojos de Inga iba perdiendo cuerpo a marchas forzadas. Esa tenacidad por agarrarse a cosas en las que no creía era lo que más le conmovía de ella. Más que nada, porque era lo que le mantenía a él fijo en su memoria.

-Venga, cómo vas a pintar ahora con esta luz tan mala...

Tan de cerca de Ingalin, de su cabello, le llegó una vaharada a cítricos, y el pecho se le hinchaba al respirar bajo la tela blanquísima del pijama

-Bueno —se rindió ella dócilmente. Sentía las costillas subir y bajar como un fuelle desquiciado. Racimos de capilares bajo su piel se congestionaron por una estampida de sangre. Se rascó un codo con indiferencia e incorporándose dijo: -. Te voy a enseñar las ilustraciones que retoqué ayer con el aerógrafo...

-Déjalas, ya me las enseñaras luego

-Lytton se hizo el remolón echándose del todo sobre las sábanas, de modo que ella tuvo que apartarse un poco para evitar su roce.

A sus palabras sucedió un silencio en el que docenas de pensamientos enfrentados profanaron, animaron y se acobardaron desde sus escaños. Y en la algarabía ninguno despuntó con una alternativa apropiada.

-Hazme cosquillas en la cabeza, como cuando éramos pequeños —murmuró él. Sólo aguardar el instante en que los extremos más salientes de las yemas de sus dedos entrasen en contacto con su pelo le provocó un escalofrío en el esqueleto; entonces añadió: -. Y cuando me duerma ya pintas tu acuarela. Total, sólo voy a tardar dos minutos en caer.

Cuando lo miró, tenía los ojos cerrados y su rostro estaba vuelto hacia ella sobre la almohada. La sombra del cuerpo de Ingalin lo resguardaba de la luz de la lámpara. No quiso poder evitarlo y deslizó la mano entre el cabello negro, de una suavidad tan imposible que, antes que admirarla, la envidió para sí misma.

-Échate, Inga. Y nos dormimos.

Dicen algunas teorías que la causa del *déjà vu* es que el cerebro duplica su velocidad de percepción y procesa la información dos veces. Quizás sea por suplir todas esas otras en las que no dejamos a las neuronas asimilar la realidad ni una sola. Aunque la razón de esa falta aún no la haya explorado nadie. Inga se echó a su lado incómoda, tratando de no ser absorbida hacia el socavón que el cuerpo de Lytton abría en el colchón. “Pero hazme cosquillas” murmuró él sin abrir los ojos. Volver a acariciarle el pelo ya resultaba mortificante desde esa nueva posición. El aliento de Lytton se le estancaba

en los labios, allí donde ella estaba dejando asfixiarse un millón de besos. Esa noche, lo supo, sólo había dos opciones: iba a llorar o iba a ser feliz y a llorar.

-Podrías bajar la calefacción —dijo -. Así no hay quien se duerma.

-Pues vete al cuarto de estar. Total, sólo vas a tardar dos minutos en caer... —soltó una risa dulce y caprichosa que incendió los sentidos de él.

-En serio, Inga —murmuró con una indolencia muy poco lograda -, estoy sudando. Mientras le acariciaba el pelo, había sentido la vena latir en su sien de un modo insano, y el brazo derecho de Lytton había levitado sobre el contorno de su cintura hasta que la mano quedó posada, descolgada hacia delante, a una pulgada de su pecho.

-Claro, Lytton, seguro que estás sudando por eso...

Él la miró con socarronería. Había reconocido esa mirada en los ojos de Lytton sólo tres veces en toda su vida. Las pupilas abarcaban tanto iris, que el reflejo líquido de la menor fuente luminosa en ellas se ampliaba como en un cristal óptico, y era tan efectista el destello que no dejaba lugar a equívocos. Sin embargo todo el deseo que allí dentro rastreó Ingalin, se medía en minutos. Y lo suyo era una turbación de muchos años.

-Claro que es por eso, pequeñaja —y acomodó el rostro en la almohada a un suspiro de sus labios.

Entonces vete a dormir a tu piso —dijo sin riesgo, aunque por un instante una náusea le cerró la garganta. No habría podido soportar verlo salir.

Lytton tardó un rato en contestar. Parecía tranquilo, casi un ente sin emociones. Inclín un poco la cabeza hacia adelante.

-Está bien. Me iré ahora... —murmuró -. Tengo que grabar unos archivos en el disco duro.



*Dicen algunas teorías que la causa del *déjà vu* es que el cerebro duplica su velocidad de percepción y procesa la información dos veces.*

La mano que aún reposaba en su costado, a punto de rozar su pecho, se deslizó entonces en sentido opuesto al que obligase la lujuria, y abarcó su cintura. La besó en la frente primero, ardiendo como la de una niña afectada de fiebres. Después en los labios sin precipitación, con tanto esmero como si hubiese aguardado ese instante desde sólo un día después que ella. Su cuerpo cubrió el de Inga adosándose sus vientres, y ambos sintieron el palpitar del otro y la piel enfrente bullir a la misma temperatura. Pero antes de decidirse por los rincones menos “puros” (y sabía que el pecho de ella era de una pulcritud renacentista), perseveró en su cuello y sus mejillas, y en el resto de lugares cotidianos. La espalda de Lytton era ancha cuando lo abrazó, no la recordaba tan ancha, y quisiera haberse protegido el resto de su vida detrás de ella. O debajo. Incluso aunque le estaba pesando de ese modo sobre el diafragma y las costillas sin dejarla respirar. Incluso aunque tanto amor no lo traducían sus hormonas en festejos. Él arrastró por todo el arco de la clavícula sus labios al rojo vivo, y aunque sus dedos se contraían impacientes por tomar curvas mayores, el chico se contuvo con abnegada disciplina. Había imaginado tantas veces cómo sería palpar su epidermis de punta a punta, que la realidad le supo ajena e inclemente; y empezó a sentir que los conductos del placer se le inundaban de un efluvi

denso y ácido como el vómito. No era la primera vez que le pasaba. Le había pasado todas, pero antes siempre hubo alcohol o desgana. Y aunque arrastraba esa mentira, su inapetencia nunca faltaba a la verdad, ni lo hizo esta vez, cuando el tacto de lo sublime le arrancó del cuerpo el ardor y lo llenó de pánico: no esperaba que incluso el Amor pudiese ser revocado por la Ley de la Gravedad.

En mitad de su abrazo, Inga supo que ese Lytton tembloroso y en llamas había dejado de ser pasión. Pero lo siguió sosteniendo. Discreta y mansa, todavía le dejó volver a intentarlo. En el fondo la aliviaba ese empate en ataraxia. La mano se crispó contra su pecho con nervio y

sus besos se sucedieron rápidos, desacompañados. Labró el espacio entre sus piernas y se retiró sin concesiones. Una vez. Dos. Hiperventilaba y no era de anhelo. Gruñó un sollozo. Cuando hubo hallado el modo de asentarse sobre ella, Ingalin supo que se iba a romper de dolor. Pero por sentir a Lytton se hubiese dejado sangrar el corazón con una estaca; cuánto menos un órgano más prescindible. Él se acomodó mejor, la besó casi con odio, un odio igual de platónico, y registró su cuerpo como un sabueso sin aliento en busca de la pista definitiva. Y entonces se detuvo. Ni siquiera había sido consciente de que hacía casi un minuto que ella lo abrazaba estática, transigiendo su histérico afán. Y probablemente Inga tampoco había percibido su propia actitud. Lytton frenó todo movimiento y por unos instantes se quedó echado encima de ella, apoyados en el colchón los antebrazos, flanqueando el rostro de ella, su cabello oleoso, y la frente moteada por una constelación de copos de sudor. El calor que Ingalin sintió

de él ya era sólo el que le robaba a su aura. La garganta de Lytton produjo un gemido que no sonó a lamento, ni a disculpa, ni a justificación; pero que salió marcado por la misma esencia infausta y afligida de todos esos actos.

-Inga, es que tú eres... —no completó. Ni importaba. A menudo los motivos son secundarios a los hechos.

Ni siquiera él sabía lo que era. Sólo que desde ella, su concepto de la amistad y del Amor se infectó de soberbia, de terror, de escepticismo, de ira. Y ni el ingrediente masivo de la ternura podía

camuflar el hedor de aquel fermento. Estaban condenados, como Apolo y Dafne, a estar para siempre sólo a punto de tenerse.

Lytton estaba ahora echado sobre el costado derecho, y se inclinó un poco más, quedando casi boca abajo. Tenía una picadura en la espalda. Una picadura cualquiera del más infeliz mosquito que andaría ya enterrado en la nieve. Pero cualquier motivo de Lytton medido en milímetros alentaba en ella un instinto de custodiar su bienestar. Ingalin cogió la sábana y la deslizó desde la cintura de Lytton hasta la altura de los hombros. No le importaban las razones que él tuviera; lo habría querido igual fuese como fuese, más torpe, menos amigo, o aunque hubiese sido una mujer.

-Ingalin —dijo ante el mutismo de ella, pero no hubo respuesta.

Al cabo se incorporó y la rodeó para salir de la cama, sin rozarla. El deslizamiento de las sábanas en su huída, el golpe de su talón contra el suelo, fueron la prolepsis de una evasión que no les supo tan agria por serles ya demasiado familiar. El chasquido del picaporte sonó a fractura. Lo único que pudo permitirse desear Ingalin en aquel momento fue que todo hubiese ocurrido en el piso de Lytton. Para ser ella la que se marchase.

POESÍA

Desde el Clasicismo...

CINCO SONETOS

de Antonio SÁNCHEZ y
Borja MENÉNDEZ

Amor que yo suspiro y no responde
llamada tras llamada. Si esta vida
te doy de mi salud descolorida,
tomarme entre tus brazos corresponde.

El bien de medicina que en bebida
tus besos pueden darme se me esconde
en mueca zaherida. Dime dónde
podré entonces curar mi desmedida.

Sonido de tu voz es un mutismo
de verbo incomprensible, inacabado.
Silencio cuando callas y comprendo

que no comprendo nada de mí mismo,
que soy un pobre hombre malhadado,
que caigo y caigo más y nunca aprendo.



Brilla una media luna efervescente
bajo el colgadero de los pecados.
Mi corazón, junto a mis pies helados;
mi cinturón, caído e indolente.

De tu cabeza al cielo estrellado
alejo la mirada del candente
mece de tu rostro. Cae el relente
sobre el oscuro pasto amartelado.

Tranquilizas mi temblor con el roce
de tus tibios senos en mis rodillas.
Detrás de tus mejillas sólo hay goce,

tras las mías, fósforos de cerillas
y el agrio recuerdo de perder doce
semillas de amapolas amarillas.

B.M.

23-III-07

Por mí, fugaz destello desvalido
fuiste un eco de voces primorosas
de lirios y narcisos, duras rosas
adornos en tu pecho florecido.

Tu lengua es el silencio y el sonido
que busco en los perfiles de las cosas
tus ojos son saetas peligrosas
tu aliento cervatillo malherido.

Pisa ya los jardines de la pena
que el musgo de marfil y sus corolas
van besándote la espalda, Helena.

Y el mar con su rumor de caracolas
hará de tu cintura una azucena,
de mí un camposanto de amapolas.

10-V-07

Que no se seque el río grande y fuerte
que su cauce crezca fuerte y grande
que ruja siempre fiero y no se ablande
el vivo flujo de la fuente inerte.

Que su caudal, preñado de tal suerte
conceda a su furor que se desmande
como un eterno y gigantesco glande
que esta Tierra de cópulas injerte.

Como el mar que se abraza con la arena
ciño la espuma de tu cuerpo al mío.
Como el martillo al metal de la fragua.

Y de puerto en puerto y de pena en pena
cuento las gotas de mi desvarío
como el mar, como el río, como el agua.

1 / 2 -VI-07

Dices -cuánta ternura- que del cielo
a la simiente amarga no hay altura
que por tu vuelo, dices -tan segura-
hallé mi desmesura en un pañuelo.

Dices, mi vida convertí en señuelo.
Dices, abrí una inmensa arboladura
y pude contemplar la arquitectura
y el clamor enredado de tu pelo.

Dices -con un furor de mil serpientes-
que quién esparcirá las mariposas
en este poderoso mes soñado,

y cruza una sonrisa entre mis dientes
cuando veo que dices tantas cosas
teniendo el corazón, en fin, callado.

A.S.

ODA A LA MAR

de GIUSSY



Ondas de azur, de rosa y de plata
¿dónde vais y de dónde venís
en esta Noche tan grata?
Las estrellas os salpican de luz
y los albatros beben de vuestras almas
los veleros han dejado dormida el ancla de cruz
sobre vuestro verde lecho de algas.

Por la Noche resuenan
vuestros ecos de espuma blanca
como corceles desbocados
que a galope avanzan.

Dejad que el Caballero
temple su ardiente espada
en el fuego de la Noche
de suspiros constelada.

Ondas, a vosotras,
espejo de todo, decir quiero
a vosotras, por las que los astros os habitan
a vosotras, por entre cuyos rincones de cielo
los elementos se hunden, flotan o gravitan
a vosotras, por las que pasa
el alma de un marinero.
oídmme, ¿cuándo dejaréis al pintor
dibujaros con esmero?
si quietas no os fijáis,
y en ebullición tenéis el orbe entero?
Posad, posad, reposad
para el pintor, el poeta y el marinero
para que plasmen vuestros silencios
para que desde nuestro pequeño aventurero velero,
podamos saborear en silencio
los envolventes misterios del secreto.

TRES POEMAS de Borja MENÉNDEZ

Extraídos de su libro
'Cuaderno de Bitácora'
(de próxima aparición)

9 de enero

Frío seco,
frío en este aire
respirado y envolvente.

Frío húmedo
en la sombra salpicada
por el agua evaporada..

Frío radiante
(en ausencia de elementos circundantes).

Frío hay de todas formas.

9 de julio

Un trozo de papel
abierto.
¿Adónde ir?
(Tal vez derecha,
tal vez izquierda).

Lenguaje de colores –no verbal-.
Líneas y puntos:
azul de mar,
blanco montaña,
gasolineras.

El mundo figurado en una carta.

31 de octubre

El fin de la existencia es como un beso
de mosca livianísima
posada en las pestañas.
(Quizá beba el leteo
luctuoso de los lloros).

a) Final de la homeostasis:
el mundo en equilibrio se desploma.

b) La mosca alza su vuelo
cargando con el peso
de la metempsicosis:
una disolución acuosa
con lípidos, urea y lacritina.

c) El ser que permanece
no es cofre, sino bolsa
de líquidos y carnes.
Ya pronto le hará falta que lo entierren.

d) Autólisis, gusanos y bacterias.

e) Toda materia humana es putrescible en tanto que contenga proteínas.
(Éstas se descomponen en aminas llamadas escatol, cadaverina y putrescina).

A veces
esto
–desolado, sin música, solo–
es como despedirse
con una pena que alcanzo
como una puerta de espejos rotos
que me muestran sin figura,
cada vez más sin rostro,
cada vez más sin piel,
más sin manos ni huesos ni aire
ni sombra
ni olor
y ya casi
sin el sonido del silencio
según me sigo acercando
cada vez más sin mí,
más sin vosotros
ya muy cerca del umbral
donde sé que habita incansable el grito

Estando ya cerca, digo yo,

que esto

es como despedirme de todos
y abrazar otro lado,
un sitio distinto
donde ya no me pregunte por qué
y que quizás
tenga que ver con el alma,
con algo absoluto y hermoso

pero ya

para siempre

sin mí

POESÍA

de Daniel HERRERA

Cuando a la casa de noche llega el silencio
Cuando llega la noche a la casa
y siento latir la emoción y me quedo quieto
y en la cárcel de mis vísceras se vomita arraigado el
grito

Cuando existir es sólo una herramienta del alma
y se alcanza la certeza de que hacen el amor o lo crean
los planetas y las lunas oscuras
allá en el universo insondable entre agujeros negros
y vivir es tan grande que no se cabe dentro de la piel
y la belleza es tan inasible que sólo la define el llanto
y el llanto es tan ridículo como un castillo de uñas
y las uñas aún tienen el sabor de tu sangre

Cuando llega a la casa el silencio de noche
Cuando viven acumulados en un suspiro
infinitos recuerdos deseos y traumas
Cuando laten
Cuando pelean
Cuando se mezclan y caen exhaustos y se hace por fin
el silencio,

entonces,

sólo quiero soñar como ensayando la muerte
y que todo vuelva a su orden sagrado



...hasta la Modernidad

LAS NUBES DE LA MADRUGADA

de Javier CUMPA ARTESEROS

Como si fuesen oscuros pétalos que caen desde muy alto,
a donde no alcanza mi vista, llegó la noche:
como una tela infinita, un verso que no acaba,
una mirada que no termina.

La hallo

en la periferia de mí, como a un alma, o un a yo, de nadie;
como si fuese una obra primitiva:
una nube que se ha esculpido con aire negro
que está en todas partes.

KON UN SOPLO DEL TRATADO

de David PASCUAL

Ya tan kalvo, tan chapado
-komo todos- a la antigua,
tan insomne, tan dormido,
ciego a todo lo viviente
que no uviera yo vivido,
para todo lo savroso
que no uviera yo savido,
tan imbécil e insensato
para un mundo ke no estava
zerka del televisor,
sordo al aire ke pasaba
lamiendo el kristal muerto
del kristal, inolfativo
de las ramas del otoño,
romo, tardo, lerdo, tordo,
insensible de kualkiera,
a kualquier ke se me diera
gratis, sin pedirme nada,
livre del destino al fin,
sudorante, aksilante,
liverante mil vapores
de su piel, sin sustancia
ni atrivutos, eyo solo,
saltimbanki melenudo,
kevrante los kristales,
mis ventanas, mis portales,
revolviente mis cortinas
con su soplo i las pasaba
con el frío de las nieves
al kontakto en las enzinas,
trotamundos pasajero,
miel silvestre destrozante
mis zelajes i me avres
sokavante sovre el pecho,
traspansante mis rendijas
ke ya kievras y desazes,
terko, estúpido, inumano,
intentante kuando estava
akavar mi porvenir.

SIN INSTINTO

de Laura
FERNÁNDEZ

Dejemos el conjuro de los cuerpos
Para otra vida.
Es este pintalabios
Levemente repartido por tu cuello,
Repatriado a mis senos con tu boca,
El que se ha quedado dormido.
Te necesito lo mismo que a mis
manos,
Cuando celo.
Tan sólo para tapar mis ojos
En el después.
Liberar tensiones.
Supuro si te veo en la mesilla
Recuperando aliento.
Y no es placer.
Queda hueco en la maleta.
El sexo de mis amantes
Sobre tus rodillas
Ya se ha evaporado
Lo siento
Durante tus golpes de amor
Yo también inventé
Otra manutención
De la melancolía.
Tengo el reuma de los besos
Sin deseo
Aquella primera orgía
Fue mi edad
La terca ingenuidad por lo mortal.
Asumir que el instinto
No es ajeno
A la conciencia.



2 HEMISFERIOS

de Piedad GARCÍA-
MURGA

Es tal vez locura
Aseverar
Que siento el peso
Del Mundo en mis costillas
Cuando contra el suelo
Me fundo con el apoyo
Terrenal, tendida.
Y ya ni sé
Si el mundo está dentro
O está debajo
Porque siento el peso
Sobre la piel.
Y la era del deshielo
Inunda mis labios
Con cierto hormigueo
Y bárbara intensidad.
Como si volviese a volar
las horas muertas
la vista entera
todo dentro de mi pecho
y sin ti
debe ser el calor de nadie
el que me recorre
los miembros.
Siento el mundo
Bailando dentro
De mi cuerpo
Y tampoco puede ser cierto.
Y aún no te conozco
Y puede que estés
Danzando
Dentro de mi seno

Con el kaftán bermellón
Y el barómetro hacia la luna,
No sabes qué hay
Entre el tejido y tú
No puedes descifrar
Con los ojos cubiertos
La curvatura
Y la pendiente.

Imaginar tal vez
Que me acaricio
Al tiempo que dejo
Un mensaje
En un contestador cualquiera.

Que mientras tecleo
Y escribo
Me suda y palpita
La entrepierna
Y hondo-caliente respiro.

Estrepitosamente
Y alerta.

Y puedo no revelar
Que además
Me destapo y me toco.

Y me miro
Como si quizás
Me estuviera bebiendo otro.

Mientras tú,
Quién sabe qué harás,
Salivo de más
Y entorno los labios.

Te espero,
Ardor salado,
Con el mundo
En mis manos.

CONCURSOS

NOVELA

MINOTAURO. 5-11-07. De 150 a 450 páginas. Ciencia ficción y fantasía. Originales e inéditas. Original más disquete. Certificación firmada de que se aceptan las bases. Más información: premiominotauro@planeta.es. Premio: 18000€ y publicación.

MALELA RAMOS. 30-11-07. De 60 a 150 páginas. Temática libre. Originales e inéditos sin premiar. Lema y plica. Más información: www.buenavistadelnorte.es. Premio: 3000€.

CIENCIA FICCIÓN. 30-11-07. De 40 a 90 páginas. Género ciencia ficción. Originales e inéditos sin premiar. Nacionalidad latinoamericana de entre 18 y 28 años. Lema y plica. Envío de originales en formato PDF. Más información: cienciaficcio@cientec.or.cr. Premio: 1000\$.

ALFONSO X EL SABIO. 28-12-07. Originales e inéditos sin límite de extensión. Novela histórica. Certificado firmado de que se aceptan las bases. Duplicado. Más información: www.mrediciones.com. Premio: 50000€ y publicación o 15000€ y publicación.

TEATRO

KUTXA. 15-10-07. De 75 a de 120 min. Temática libre. Originales e inéditos, sin premiar. Quintuplicado. Lema y plica. Más información: certamenes@begira.com. Premio: 20000€ para modalidad en castellano.



TORREPEROGIL. 31-10-07. De 30 a 90 min. Temática libre. Originales, inéditos y sin premiar. Envío por e-mail más carta con datos personales. Más información: soriacultura@yahoo.es. Premio: 2000€ y trofeo o 1000€ y diploma.

POESÍA

ANDRÉS SALOM. 12-10-07. Entre 400 y 600 versos. Originales, inéditos y sin premiar. Quintuplicado. Lema y plica con datos y breve currículo. Más información en: agora.nao@ono.com. Premio: publicación y 100 ejemplares.

MARÍA DEL VILLAR. 15-10-07. Entre 500 y 1500 versos. Tema y verso libre. Originales, inéditos y sin premiar. Triplicado. Lema y plica. Más información en mariadelvillar@wanadoo.es. Premio: publicación, trofeo y 150 ejemplares.

PALABRAS DIVERSAS. 15-10-07. Un poema de hasta 100 versos. Original y sin premiar. Envío por email sin seudónimo. Más información en palabrasdiversa@palabrasdiversas.com. Premio: 500€ y publicación.

MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA. 20-10-07. Entre 450 y 950 versos. Nacionalidad hispanoamericana. Originales, inéditos y sin premiar. Lema y plica. Más información en: mfdearevalo@hotmail.com. Premio: publicación y 125 ejemplares.

JUEGOS FLORALES JACOBEO. 25-10-07. Tema: la amistad o Caravaca de la Cruz: una tradición religioso-caballeresca. Entre 60 y 150 versos. Original e inédito. Lema y plica. Más información en: jsauraga@ono.com. Premio: 1500€ y rosa de plata para primer tema. 600€ y vieira de bronce para segundo tema.

ANTONIA PÉREZ ALEGRE. 31-10-07. Un poema de 50 a 80 versos. Nacionalidad española. Tema y verso libre. Original, inédito y sin premiar. Lema y plica. Más información en fundacionespejo@fespejo.com. Premio: 3000€, 1000€ y 500€ más placa conmemorativa.

ENSAYO

AELFWINE. 31-10-07. Hasta 10000 palabras. Sobre vida u obra de Tolkien. Sin límite de trabajos. Envío por email bajo seudónimo más archivo con datos. Más información en premiosaelfwine@sociedadtolkien.org. Premio: 150€ y 75€.

JAMIE BISHOP. 31-10-07. Sin límite de extensión. Sobre el género fantástico. En lengua no inglesa más resumen en inglés. Más información en knickerbockerd@ecu.edu. Premio: 250\$.

EL RESCOLDO. 20-12-07. Hasta 100 páginas. Temática libre. Original, inédito y sin premiar. Envío por email bajo seudónimo más archivo con datos. Más información en concursointerdisciplinario@revistaelrescoldo.com.ar. Premio indefinido.

JUAN VALERA. 31-12-07. Mínimo 100 páginas. Monográfico sobre Juan Valera. Original, inédito y sin premiar. Duplicado. Más información en www.cabra.net. Premio: 6000€ y publicación.

NARRATIVA BREVE

CIUDAD DE PUPIALES. 30-10-07. Hasta 10 páginas. Tema ecológico. Envío por email, con datos al final del texto. Más información en: albeiroarciniegas@yahoo.com.ar. Premio: 2000\$.

SONRISAS Y ASTEROIDES. 30-10-07. Sin límite de extensión. Tema ciencia ficción de carácter humorístico. Envío por email con datos al final de la narración. Más información en: sonrisasyasteroides@hispavista.com. Premio: publicación.

EUGENIO CARBAJAL. 31-10-07. Hasta 10 folios. Tema libre. Original, inédito y sin premiar ni presentado a concurso. Triplicado. Lema y plica. Hasta dos originales por persona. Más información en: oij@ayto-mieres.es. Premio: 1200€ y publicación o 400€ y publicación.

JEANNE TRAUMNOVELLE. 31-10-07. Hasta 15 líneas. Tema erótico. Sin seudónimo. Envío por email. Más información en: jeannetraumnouvelle@yahoo.es. Premio: juguete erótico a elección del ganador.

ALTURA. 1-11-07. Entre 2 y 10 folios. Original e inédito. Envío por email. Necesidad de seudónimo no especificada. Más información en: revista_altura@hotmail.com. Premio: publicación.

CIUTAT D'ELX. 7-12-07. Entre 5 líneas y un folio. Residentes en España entre 14 y 35 años. En castellano, catalán o valenciano. Inédito y sin premiar.

Hasta dos relatos por autor, en sobres separados. Lema y plica. Más información en: juventud@ayto-elche.es. Premio: 850€ para modalidad en catalán o valenciano. 850€ o 400€ para modalidad en castellano.

EMAÚS, OBRA DE AMOR. 31-12-07. Hasta 20 líneas. Tema libre. Pago de donativo de 10€ por participar. Envío por email más archivo con datos. Más información en: trabajos@acciletras.com. Premio: publicación y fin de semana en Torremolinos.

EL MELOCOTÓN MECÁNICO. 25-1-08. Hasta 35 páginas. Tema fantástico. Máximo de dos relatos por autor. Duplicado. Lema y plica. Más información en: www.grupoajec.com. Premio: 400€ y publicación.

LENA. 1-2-08. Hasta 8 folios. Tema libre. Inédito y sin premiar. En castellano o asturiano. Original más cinco copias. Lema y plica. Más información en: cultura@aytolena.es. Premio: 3005€ y lectura pública en fiestas del pueblo.

Nota: Se recomienda comprobar las bases en internet. La información aquí detallada está resumida y es incompleta. Además, en algunos casos, las bases pueden sufrir cambios.

Creación y osadía

La libertad de la fantasía no es ninguna huida a la irrealidad; es creación y osadía.
Eugène Ionesco

Sección de teatro por Marina Coma Díaz

FESTIVAL DE OTOÑO 2007

Una vez más, queridos amigos, vuelve imbatible como cada año la cita teatral más importante de todo Madrid. Y, posiblemente, también de toda España. Me refiero al Festival de Otoño, que llega con numerosos nombres de prestigio internacional para alegrarnos las carteleras teatrales (y musicales, y circenses, y de danza) durante poco más de un mes, desde el 15 de octubre hasta el 18 de noviembre. Resulta maravilloso el hecho de que en poco más de treinta días se dé cita en Madrid una amalgama de obras y directores, bailarines y actores, músicas y lenguajes tan enorme y llena de calidad como la que año a año se va logrando con esta fiesta de las artes escénicas.

Como es lógico, aquí nos vamos a centrar en lo puramente teatral y dejar las otras disciplinas de lado, aunque esto sea por motivos puramente prácticos: escribir sobre todo el festival requeriría mucho tiempo y páginas; y de lo segundo no tengo. Así pues, lancémonos a bucear en las interesantísimas aguas de lo que esta edición tiene para ofrecer.

Lo más destacado de este año es la vuelta por partida doble de un viejo conocido del Festival, ese gigante de la dirección que es Peter Brooks, quien con sus 'Bouffes du Nord' trae a nuestros escenarios 'Fragments' de Beckett y 'The Grand Inquisitor', basada en un fragmento de 'Los Hermanos Karamazov'. Recomiendo que se aproveche esta oportunidad de ver, no una, sino dos obras de Brooks, maestro del espacio vacío y considerado con razón uno de los mejores directores vivos del mundo.

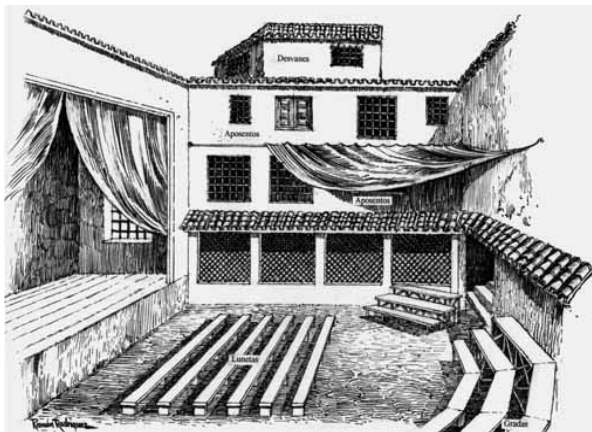
Otro nombre de relumbrón internacional que repite en las tablas del festival es el catalán Calisto Bieito, que vuelve con su personalísima versión de 'Tirant lo Blanc'. Podría sorprender que Bieito, provocador allá donde los haya, haya vuelto sus ojos hacia la novela de caballería; pero hay que tener en cuenta que ésta es una "fiesta del sexo, del torneo, de la hazaña épica, de la virginidad y la inocencia, de la madurez, el luchar y el matar, del egoísmo, de la ambición, del arte de la guerra y del arte de la seducción. Juego de la vida y de la muerte, del meter y el sacar, del comer y el beber. Justa, campo de batalla, banquete y alcoba..." Que curiosidad, las señas de identidad de Bieito se acercan peligrosamente a esta definición. Aunque los más tradicionales posiblemente disfruten más bien de la versión que

ESCENOTECNIA DEL SIGLO DE ORO

Lope, Calderón, Tirso y los demás autores que conforman el Siglo de Oro del teatro español configuraron una dramaturgia que exigía un alto nivel técnico para hacer posible la representación de ciertas escenas; como 'La vida es sueño', cuyo comienzo tiene lugar con Rosaura rodando montaña abajo debido a que su caballo se encabrita o 'Numancia', en la que un niño se suicida tirándose desde lo más alto de una torre a vista de público. Además, las comedias de esta época suelen transcurrir en muy diversos escenarios, en ocasiones incluso de distintas ciudades o países. ¿Cómo es posible, pues, que logran efectos especiales de ese calibre en una época en la que las representaciones tenían que hacerse al aire libre a las tres de la tarde para evitar quedarse sin luz en mitad del 'show'?

La evolución espectacular de la escenotecnia debe mucho a la imaginación de los grupos de actores que tenían que rentabilizar al máximo sus funciones para poder comer. Teniendo en cuenta que una obra duraba en cartel en torno a una semana, muchas veces menos, los incipientes empresarios tenían que idear todo tipo de 'efectos especiales' para convencer a un público inculto de que viera sus obras. Uno de los favoritos de esta época era el efecto del despeñado, en el cual un actor fingía su caída desde lo alto de la corrala. Se lograba poniendo una cuerda que cruzaba el recinto desde la galería hasta el suelo, en la que se ponía una tabla de madera y el actor se lanzaba sobre ella, bajando a toda velocidad, de forma similar a una tirolina.

Otro de los efectos típicos de esta época son las tormentas, que se conseguían de una forma bastante más fácil: bastaba con hacer rodar un barril lleno de piedras por debajo del escenario. También se podía hacer aparecer



'La Comédie-Française', tótem teatral francés por excelencia, ha hecho del clásico 'Le Misanthrope', repitiendo la experiencia de representar de nuevo a Molière en este festival, pues el año pasado ya triunfaron con el archifa-

moso 'Le Tartuffe'. No en vano a esta compañía se le conoce en Francia con el apodo de 'La Maison de Molière'. Quizás éste sea el más antiguo de los grupos que se dan cita este año, pues se fundó nada menos que en 1680 por orden del rey Luis XIV. Además es una de las mejores canteras de actores franceses, pues de entre sus filas han surgido nombres fundamentales de la escena del país vecino, como F. J. Talma, 'Coquelin aîné' o Sarah Bernhardt.

Otra obra que merecerá la pena ver es 'Espía a una mujer que se mata', la personalísima versión que Daniel Veronese ha hecho de 'Tío Vania' (A. Chéjov). No hay que olvidar que Veronese ha estado triunfando esta última temporada en los escenarios madrileños con 'Mujeres soñaron caballos' una producción que no ha parado de recibir alabanzas de la crítica y, además, ha sido apoyada por el público. Asimismo, cuenta como punto a favor que, al ser representada por una compañía de origen argentino, es uno de los pocos títulos que se representarán en lengua castellana.

Si bien las obras mencionadas son las más destacadas de esta edición, podemos encontrar muchos grupos más, venidos de países tan diferentes como Estados Unidos, Polonia o Italia. La temática de las obras es igualmente variada, este año se podrán ver desde historias con protagonistas de fama universal como Billy el Niño ('The Collected Works of Billy the Kid') o nuestro Caballero de la Triste Figura ('Don Quixote') hasta obras intimistas con temática cercana a la realidad de hoy día ('Il silenzio', 'Guerra'). En definitiva, este año el Festival de Otoño se presenta con una oferta teatral que conjuga a la perfección variedad y calidad. Más información en la web oficial de esta edición: <http://www.madrid.org/fo2007/es/index.html>

el sol sobre la escena en el momento que se quisiera, ya que con poner varias candelas detrás de un disco de papel el problema se resolvía. Aunque bien este último no era un efecto precisamente recomendable, ya que el riesgo de incendio en los edificios hechos de madera y paja suele ser bastante alto.

También se podían crear montañas sobre el escenario tan pronto como fuera necesario, pues con poner una rampa desde la primera galería hasta el escenario se conseguía una ladera. O, si era necesario, podía hacerse la versión 'mini' de la montaña; el risco, que consistía en un carro sobre el cual se ponía una rampa a la que se llegaba por unos escalones colocados detrás. Y si lo que se necesitaba era que el risco se mantuviera fijo en escena, pues se le quitaba el carro y sanseacabó.

Aunque uno de los artilugios más complejos y de más éxito era el 'bofetón', con el que se conseguía hacer esfumarse a los personajes del escenario de manera efectista. Era una especie de cajón en el que había un eje vertical central que, al girar 180°, lograba que el actor desapareciera sin necesidad de hacer ningún movimiento. El mismo truco, pero a la inversa, era el utilizado para que volvieran a aparecer.

Y en caso de que una compañía no pudiera permitirse ninguno de estos artefactos, siempre quedaba la vieja solución del decorado verbal, es decir, el discurso del propio actor es el que crea el espacio: si un personaje dice "hemos llegado a

Madrid", los espectadores asumirán que el escenario es Madrid, aunque no haya ninguna marca escenográfica que lo demuestre.

Así se creaba el viejo teatro, una mezcla de ilusión e ingenio, este último aguzado por la necesidad y la excesiva competencia de una miríada de compañías cuya única forma de sobrevivir era convencer al espectador de que lo que estaba ocurriendo, por inverosímil que fuera, era realidad. Como Hollywood.



THE TWO SIDES OF "AMERICA"

Es interesante la capacidad que tiene el ser humano para convertir una abstracción o idea en una especie de ser de carne y hueso, o al menos con orejas, para escuchar nuestros lamentos o alabanzas. En cierto momento de sus vidas, tanto Walt Whitman como Allen Ginsberg decidieron dedicar uno de sus poemas a América. Un continente, su país, un poema como una declaración de amor, o bien como una endecha.

Cuán distintas pueden ser las líneas de expresión de los que aman: Una persona que concibe su país como un ser entrañable, maternal, ecuanime y acogedor; Y por otra parte, otra persona pidiendo explicaciones a ese constructo imaginado por una gran decepción, la entrega de todo a cambio de nada. Muertes, guerra, censura ideológica...

Es paradójico cómo dos hijos de una misma madre podrían percibir realidades tan distintas: Una dulzura ingenua e igualitaria frente a un abandono y traición inefables.

Dos poemas con un mismo título, dos autores que representaron la controversia e innovación en su época.



Pensar que tu madre te ama, que cuida de todos los que son como tú, no importando la raza, ni el credo, ni el género o condición. Pensar que tu madre te miente, que no tienes un hogar, un sitio en esta sociedad, que tus sentimientos son delirios o absurdas provocaciones, que se mata a los que se desmarcan



de la línea de conducta equilibrada, que pueden justificarse las atrocidades e injusticias cometidas so pretexto de que las víctimas acabarían con la armonía o traerían la desgracia a un país que se supone abierto, multicultural, formado de individuos provenientes de todos los rincones del planeta. Una nacionalidad construida de miles de fragmentos de todas partes.

Y pensar que algunos no puedan sentir que son bienvenidos, que ésa es su casa y que para todos, como decía el primer poeta, hay sitio, hay amor, hay leyes, libertad...

En cuanto a nuestras utopías, lo verdaderamente bello y óptimo hubiera sido que el proceso de escritura de estos dos poemas se encontrase invertido (como el reloj de arena boca abajo) en el tiempo. Que Ginsberg hablase de una época remota (que la guerra fuese casi una leyenda), y que posteriormente Whitman pudiese mostrar ese abrazo y el reconfortante regazo de la madre América.

Quizás entonces podríamos hablar de progreso.

M.P.G.-M.

MÚSICA PARA IGNORAR

Es posible que, de todos los estilos musicales propios de la postmodernidad, el Ambient sea el más representativo y estereotípico. Partiendo de las experimentaciones electrónicas realizadas por Koenig y Stockhausen, luego adquiridas por las bandas de Rock vanguardista de los setenta, la música ambiental tiene una serie de cualidades que la convierten en la música postmoderna por excelencia. Primero, el uso de elementos encontrados, sonidos de la vida real ya sean voces, ruidos o el mismo silencio, técnica que nace de la "musique concrète" del compositor futurista Pierre Schaeffer. Segundo, el eclecticismo y mezcla de multitud de estilos, habiendo por tanto tantos tipos de Ambient como tipos de estilos se mezclen. Tercero, la concepción del Ambient no sólo como música para ser escuchada, formando parte de un distinto nivel de percepción, sino también como música

Tangerine Dream – Phaedra (1974)

Uno de los discos más influyentes en la historia de la música moderna. Se rompen los lazos con todo estilo precedente para adentrarse en un mundo de sonidos dominados por el uso casi exclusivo de sintetizadores y secuenciadores analógicos que sustituyen a bajos y guitarras. Excitante y cautivador.



Harold Budd & Cocteau Twins – The Moon and the Melodies (1986)

Colaboración entre el músico de Ambient Harold Budd (quien ya colaborase con Eno algunos años antes) y la banda escocesa de Dream Pop Cocteau Twins. Un disco emocional e intimista que aúna ambos estilos como pompas de jabón que, lejos de estallar, se uniesen en sinergia.

B.M.

HARVEY WEINSTEIN, SI LO VES, ¡HUYE!

No es un director, no es un actor, no es ni siquiera un guionista, es peor: un productor. Es el creador de Miramax Films, uno de los responsables que borró las fronteras entre el cine independiente y el comercial. Es temido por Steven Spielberg, es inculto, grosero, políticamente correcto, el que aporta el dinero... el verdugo del cine estoico y marginal. Sin embargo, eso no es todo. Aparte de arrojar sillas contra sus empleados y de ser irresponsable con sus compromisos, se ensaña con películas que no entiende porque están en otro idioma (en realidad no entiende mucho de cine) y se jacta de amenazar a actores y directores por igual, pero recoge emocionado y con lágrimas el Oscar.

Harvey, el Visionario

La consigna era simple: comercializar en Estados Unidos las películas extranjeras que los grandes estudios rechazaban. Sólo porque le gustó una película francesa, *Les quatre cents coups* (François Truffaut, 1959) que al parecer sí entendió, aunque la Nouvelle Vague, poco o mucho le signifique. El proceso era torturante (para los autores), recortar, reeditar y doblar las películas para los consumidores estadounidenses. Luego, producir películas hechas por autores alguna vez independientes, ¿un ejemplo? *Sex, Lies and Videotape*, (Steven Soderbergh, 1989).

Harvey, el Padrino

Al demostrar que el cine "off-Hollywood" también era rentable, comenzó a apoyar nobles causas. A él le debe su fama Quentin Tarantino desde *Pulp Fiction* (1994); Gus Van Sant y Martin Scorsese están en deuda con él desde *Good Will Hunting* (1997) y *Gangs of New York* (2002), respectivamente. Peter Jackson no habría podido realizar la trilogía de *The Lord of the Rings* (2001-2003) ni Anthony Minghella, *The English Patient* (1996). Y si disfrutaron de estas películas, no crearán lo que sigue: Weinstein, antes de producir, destaza las películas, hace el doblaje maquillando frases peligrosas para sus compatriotas y explota contra los cineastas que no gustan del "happy ending".

Harvey Manostijeras

Impuso una costumbre desconocida en el cine independiente: las funciones de prueba. Así, las cintas eran mostradas antes del estreno, a un público pedestre. Si la gente se aburría, ordenaba cortar el metraje, incluir desnudos, recalcar la historia amorosa, bajo el lema "Se trata de comunicar, ¿no?" La conclusión era un cine exitoso pero apenas independiente, diluido. Sin embargo, y de lo bueno (si es que hay) que se le puede agradecer, es que obligó a Hollywood a revisar su calidad. Ahora, de repente, cualquier director que se ponga de rodillas ante Weinstein, podría ser llamado después, todo un artesano del celuloide. Atrás quedaron las épocas del nulo reconocimiento, de las cintas improbables y subversivas como *Taxi Driver* (1976). Gracias Harvey, te debemos una.

M.B.

EL CHAT: ELEKCIONES

Por David PASCUAL COELLO

Estudiante A: ¡Válgame dios! ¡Cómo han puesto el jol de la facultad! ¡Menudo cirio!

Estudiante B: ¡Estamos en campaña, camarada! Se acercan las elecciones a rector y aquí están los candidatos, dispuestos a batirse el cobre en la lid electoral.

A: Pues que se batan, que se batan hasta el punto de nieve si les da la gana. ¡Pues vaya caretos! Pero, óyeme una cosa, eso de las elecciones ¿no había ya pasado?

B: ¡Sí, claro, pasa cada cuatro años, hombre!

A: No, me refiero a que a estas alturas del Otoño no parece que tocan.

B: ¡No, no, las elecciones fueron la Primavera pasada!

A: Pues espícame entonces qué hace así puesto el edificio, como si las pasadas no les hubieran bastado y quisieran repetirlos.

B: Pues, ahora que lo dices, no lo sé. ¿Sería un espejismo? Pero habrá que votar si lo mandan, ¿no?, tendremos que ejercer los derechos que hemos adquirido con el sudor de nuestra frente y la de nuestros padres. Es signo de que no nos domina la tiranía.

A: ¡Qué tiranía, flipao! A cada uno le toca la tiranía que le toca. ¿A cuál íbamos a volver nosotros, que no conocemos más que ésta?

B: Pues a la que nos han contado, con menos libertades, que no pudiéramos, por ejemplo, tirarnos en el césped a manosearnos, sacar las banderas de los sindicatos o darnos besos en los morros.

A: ¡Mía tú! ¿Cuándo ha sido la última vez que has estado tú en una pradera de esa guisa? Des' que te conozco, y ya va pa largo, no te has comió un colín. ¡Por no hablar de los sindicatos!

B: Eso no hace al caso, la cosa es que libertades haberlas hails y que podemos ejercerlas.

A: ¡Ay, pues no es que yo me sienta muy feliz con el ejercicio! ¿Has oído tú que a principios del 65 se juntaron muchos estudiantes y con un par o tres de profesores se fueron hacia el rectorado a protestar por nosequé?

B: ¿Y qué?

A: Pues que a medio camino los paró la policía y les dieron manguerazo y a los profesores se los llevaron en los coches.

B: ¡Pues mira, eso es algo que hoy no pasa!

A: ¡Mía tú qué alegría! ¿Crees que eso es signo de libertad? No tienes más que ver a la gente por los pasillos, qué alegría llevamos todos encima por la Libertad. Los gobiernos reforman la ley de Universidades y aquí nadie dice nada, ni bueno ni malo. Nos meten a los bancos en casa y nada, todo estupendo. Hacen que los planes de las carreras -salvo el de Medicina y Arquitectura, de momento- dependan de los vaivenes del mercado y nada. La Libertad esa que dices me parece que debe de ser una buena mortaja. ¡Ya no hay problema, ahora somos todos libres, bendito sea Dios! Ahora podemos reunirnos para estudiar cualquier cosa sin que haya policía que nos disuelva y por eso mismo ¿pa qué vamos a reunirnos?

B: Bueno, bueno, no te soliviantes. Hay quien se reúne.

A: ¡Sí, ya, los de Operación Triunfo!

B: Y qué quieres, ¿que vuelva el Régimen?

A: ¡Ya salió el escatológico! Yo sólo pido algo muy sencillo, que me dejen estudiar.

B: ¿Y quién te lo impide?

A: Desde luego que me estoy dando cuenta de que todavía no nos conocemos tú y yo. ¿Que quién me lo impide? Pues verás, me lo impiden las seis horas de coñazo de clase que tengo cada día, las dos horas de desplazamiento que tengo que meterme en vena del metro al ir y venir, los trabajos con los que nos aturullan día y noche, la paliza que me da todo el mundo con el porvenir... pero sobre todo el barullo de exámenes que nos toca cada cuatro meses, que no me dejan vivir. A ver, ¿cuándo has tenido tú un rato para ponerte a leer algo tranquilamente o para juntarte con los amigos de la facultad a tratar de un tema? La libertad pa hablar es la primera.

B: Pues hace casi tanto de eso como de lo otro que decías de revolcarme por la pradera.

A: ¡Equilicúa! ¡Ahí lo tienes! Nos tienen cogidos por donde más nos duele, amigo. Antes no se podía hablar porque llegaba la policía y te llevaba preso, ahora no se habla porque no hay tiempo y además, ¿pa qué?, ya somos libres, ¿pa qué vamos a hablar? ¿No ves a todo el mundo por ahí diciendo que si el eksamen esto que si el eksamen lo otro, que si va a caer nosequé, que si el trabajo tiene que tener tantas páginas, que si date prisa a hacer el D.E.A., que lo cambian? ¡Qué miseria!

B: Es natural.

A: Sí, claro, tan natural como un estallido nuclear. Y la libertad de cátedra, ¿cuándo has visto tú a algún profesor que la ejerza, que se olvide del eksamen y se dedique a enseñar sin más, porque sí, porque le gusta lo que enseña?

B: Tampoco me acuerdo de eso ni sé muy bien qué es lo de la libertad de cátedra.

A: Pues la libertad de cátedra es que el tipo se dedique a enseñar y no a joderte la vida.

B: Bueno, mira, vamos pa la cafeta, que aquí con tantos carteles me estoy mareando. ¿Te has fijao lo que se parecen?

A: Sí, un careto y un lema: todos por aquí, todos por allá, ahora es el momento, mira lo cojonudo que soy, etcétera... todos iguales, elija usted el que prefiera.

B: ¡Por allí asoma otra cara!

A: Pues ésa sí que no me reprimo y la arranco. Sólo faltaba que vengas a tomarte un café y te encuentres a un candidato de estos mirándote fijamente a los ojos.

B: Pero ¿qué haces? ¡Que nos van a quitar la subvención!



A: ¡Hala, ya está! Aquí ves cómo introduzco mi voto en la papelera. ¡Soy un hombre libre!

B: Desde luego es que cada día estás peor. ¡Pues yo sí pienso votar!

A: ¡Pues, venga, empieza por meter una moneda en la rendijita, que hoy te toca a ti invitar a café!

B: Curiosa idea esa de que a uno le toque invitar.

A: Pues, sí, tan curiosa como que a uno le toque votar.

B: Dos cafés con leche, por favor.

A: (Suspiro)

B: Sí, sí, mucho ¡ay!, pero si no votas no tienes derecho a quejarte.

A: Pues mira, me quejo sin derecho, que no me hace falta derecho para quejarme. Yo lo que quisiera es que las aulas se llenaran de alegría, que se leyera, que se discutiera, que se viviera.

B: ¿Y qué sería de la Universidad sin el bostezo en el aula, sin el temblor ante el eksamen, sin la búsqueda apasionada de los apuntes necesarios?

A: Pues no se sabe qué sería, pero a mí me dijeron que esto era otra cosa.

B: Bueno, vamos fuera a que te de el aire fresco, que me parece que lo necesitas. Coge el café y vamos. La verdad es que en este porche se está de maravilla.

A: Pues, sí, es algo que hemos ganado con ley antitabaco. Hemos pasado buenos ratos aquí a pesar de todo, de la cafetería a la biblioteca y de la biblioteca a la cafetería, de los amigos a los libros y de los libros a los amigos. ¡Cielo puro!

B: A mí también me suena algo de eso. Lástima que ya pronto tengamos que dejarlo.

A: ¡No te apures, Adán! Por cierto, me dijeron una vez que la pesadilla de los eksámenes de Febrero empezó a raíz de las protestas del 65.

B: ¡El comienzo de la evaluación continua!

A: El juicio final cada cuatro meses.

B: Es más cómodo.

A: Pues sí, sobre todo para el rector. La gente debe de estar contenta, porque no ha vuelto a haber protestas; claro, que tampoco hay tiempo para que las haya. Creo que lo del 65 fue en Enero. ¡Imagínate ahora a los estudiantes protestando en Enero, acorralados entre las Navidades y los Eksámenes de Febrero!

B: ¡Pero si ahora no hay nada por lo que protestar! Tómate el café, que se te enfría.

A: Tienes razón, todo sea por el café. Por cierto, ¿no tenías ahora clase con el doctor Tediosus?

B: Pues sí, pero creo que lo voy a dejar para mejor ocasión.

A: ¡Eso es lo que yo llamo un buen ejemplo de elección racional!

B: Además, por allí veo que viene Tesa con la sonrisa de las mañanas, que cualquiera se va y os deja aquí solos.

A: Pues sí, donde esté la alegría estará la ciencia, Barbarroja, y entre estos muros hay demasiada tristeza, demasiado juicio y evaluación.

Tesa: ¡Hola, par de zánganos, si por vosotros fuera el panal se venía abajo!

A: ¡Gracias a nosotros la cafetería resiste!

T: Supongo que habréis visto cómo está la entrada, ¿no? ¡Qué agobio me ha dao nada más verla, con todas esas carotas mirándome solícitas! No soporto las competiciones.

B: ¡Hay que elegir al rector que acabe de hacer converger a la Universidad Complutense con Europa!

T: ¿Y no se puede elegir a uno que no la haga converger?

B: Creo que no, parece que todos creen en la necesidad e inevitabilidad de la necesidad de la Convergencia.

T: ¡Vaya! Entonces, ¿qué más da a quién elijamos?

A: Nos hacemos así la ilusión de que elegimos. Pero, ¿qué es eso que llevas en la mano?

T: Un cartel que he arrancao de la pared. Estaba en el pasillo, junto a los otros electorales.

B: ¿A ver qué dice? ¿Es algo revolucionario? “PRÉSTAMOS MEC 2007. MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CIENCIA. Si necesitas ayuda para tus estudios ésta es tú (sic) oportunidad!!! Ya te puedes apuntar a la nueva convocatoria (sic) de los préstamos MEC que concede el Ministerio de Educación. Son préstamos subvencionados con condiciones muy ventajosas: HASTA 9.000 EUROS. SUBVENCIÓN DEL 80% DE LOS INTERESES. DEL RESTO, EL 65% LO PAGA EL BANCO XXXXX. TU SOLO PAGAS EL 7% DE LOS INTERESES QUE SON MUY BAJOS (Euribor de junio 2007 + 0,3 puntos). SIN COMISIONES NI GASTOS. PLAZO: 4 AÑOS Y EL PRIMER AÑO NO PAGAS NADA. DIRIGIDO A TODOS LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS (Licenciatura, Ingeniería, Arquitectura y Diplomatura). SE PUEDE SOLICITAR DESDE EL PRIMER AÑO DE ESTUDIOS. INFORMACIÓN Y RESERVAS: XXXXXX.”

B: Pues, sí, era algo revolucionario. Parece ser que la Universidad Pública está dando las bocanadas. ¡Qué gracia eso de CONVOCATORIAS DE PRÉSTAMOS! ¡Utilizar para un préstamo el verbo “convocar” es la monda!

A: Joder, lo peor es que ya ni maestro. Te meten dos años de un máster sicopedagógico a precio de oro que, si no mueres por el camino, sales prácticamente en paro cerebral.

B: ¡Hale, bueno, ya no hablemos más de eso, que por hoy tenemos bastante! También con eso nos envenenan. Desémosle a los chicos que no les mate del todo la academia y que les pase lo que no estaba programado.

A: Ni en el banco ni en el ministerio ni en el departamento.

T: ¡Eso, eso!

(Este texto fue escrito en vísperas de las elecciones a rector de la Complutense, en Abril de 2007. Los desvíos ortográficos del texto no son azarosos. Júzguelos el lector como le parezca.)